

PORTE PAGO

Acción Obrera

ÓRGANO OFICIAL DEL SINDICATO O. DE LA INDUSTRIA DEL MUEBLE

ADHERIDO A LA UNIÓN SINDICAL ARGENTINA Y A LA UNIÓN OBRERA LOCAL DE BUENOS AIRES

Redacción: RIOJA 835, U. T. 62, Mitre, 0594 — BUENOS AIRES, FEBRERO DE 1928 — Año V. N.º 39

El Sindicato debe aprestarse a una lucha que nivele las condiciones de trabajo

Son conocidas, por el informe oportunamente publicado, las actividades de la Comisión Administrativa durante el año próximo pasado.

Se realizó en ese período una cantidad extraordinaria de reuniones de personales con fines de propaganda; se atendieron múltiples huelgas, que en general tuvieron buen resultado; se organizó la cobranza sobre la base que tan buenos resultados proporcionó al ex Sindicato de Ebanistas y se realizaron otras muchas actividades comunes con las consecuencias conocidas.

Sin embargo, todo eso no ha satisfecho la aspiración del Sindicato, que consiste en organizar totalmente a los trabajadores de nuestra industria y establecer el contralor sindical en muchos talleres donde la organización es letra muerta.

Se mejoró, eso sí, la cobranza. En un año hemos recuperado 450 cotizantes de los mil, aproximadamente, que habíamos perdido desde la constitución del Sindicato de industria. Hemos depurado nuestras filas de elementos desaparecidos del gremio y en el que figuraban indebidamente y, gracias a ese sistema que permite la cobranza a domicilio, es mayor el contralor del Sindicato sobre cada una de sus partes. Todo esto se ha obtenido con beneficio de la caja social, pues el costo de otro cobrador es cubierto con creces por el aumento de las entradas en virtud de su propia actuación.

Pero eso no es lo único que se buscaba.

La organización no es sólo una cuestión de socios cotizantes. Puede haber en un gremio muchos obreros sindicados y ser nula la organización. Los cotizantes sirven para alimentar económicamente las actividades de un sindicato, pero éste debe manifestar su efectividad en los talleres, allí donde hay trabajadores sometidos a la explotación capitalista, por la reglamentación del trabajo y la garantía de su cumplimiento.

Esto, hay que confesarlo, no se ha conseguido en muchos talleres de nuestra industria.

En el extenso radio de la Capital hay talleres cuya existencia nos es desconocida. Es de imaginar que en esos talleres reina soberana la voluntad despótica de sus dueños.

En otros muchos talleres, harto conocidos, donde la organización no pudo hacer sentir su liberadora influencia, dominan formas de trabajo que constituyen una vergüenza.

En esos talleres se trabaja a destajo, la jornada excede de las ocho horas y el sábado inglés es desconocido.

En materia de accidentes sólo se cumple, y no en general, la respectiva ley, inspirada en las conveniencias del capitalismo, y no en las necesidades de los trabajadores, y los derechos que les asisten cuando son víctimas de accidentes.

Se paga por quincena, y en algunos casos, por mes, y en muchos no se paga nunca. Son frecuentes los casos de trabajadores estafados en centenares de pesos por la insolvencia de algunos de esos ladrones metidos a fabricantes de muebles, y por la casi inútil asistencia que presta el Departamento Nacional del Trabajo cuando a él recurren los trabajadores desamparados, con la convicción de que se les hará justicia gratuíta y rápidamente.

Sin despreciar todos los procedimientos usados hasta aquí, los cuales, al menos, nos permitieron mantener nuestras fuerzas, que aun siguen siendo de las más considerables en la Capital Federal y en el país, debemos reconocer su deficiencia para llegar adonde es necesario llegar para la organización total del gremio.

Las luchas parciales no nos permitieron avanzar: pues debemos generalizarlas, en la esperanza de obtener otros resultados.

Es muy posible que un movimiento general, que al menos abarque toda esa enormidad de talleres en pésimas condiciones, consiga despertar el entusiasmo de los compañeros que en ellos desgastan sus fuerzas y los lleve a la condición de los mejor organizados.

Un solo taller en huelga está siempre amenazado por un círculo de obreros desocupados, pero esta situación extendida a grandes grupos de talleres tendrá la virtud de atenuar ese peligro, por la natural dispersión de los desocupados en un radio de acción mayor.

Que hay que apelar a estos procedimientos radicales lo comprendió la C. A. al adoptar un proyecto de resolución que someterá a consideración de la próxima asamblea y por el que se reconoce la necesidad de una acción general destinada a nivelar las condiciones de trabajo en todos los talleres de Buenos Aires.

Tocada por los mismos hechos, es seguro que la asamblea aprobará este temperamento. Falta solamente abocarse a su realización, y esto debe preocupar desde ya a todos los compañeros.

El propósito de un movimiento general destinado a dignificar nuestras condiciones de trabajo debe circular desde ahora mismo por todos los talleres como una palabra de orden. El debe ser el motivo principal de nuestras conversaciones en el taller y en el Sindicato. Es necesario encarnarlo en cada uno de los obreros de la industria, arraigándolo en su espíritu profundamente, a objeto de que pueda convertirse brevemente en una fuerza impulsora que nos lleve a la victoria.

Es necesario que desde este instante se dispongan todos los camaradas a llevar adelante tan magna obra, porque si tal se hace es indudable que la sanción de la asamblea será prontamente en los talleres una realidad bienhechora.

¡Voluntad, acción, confianza en la lucha!

Con estos atributos, propios de los trabajadores conscientes, hay lo suficiente para reñir con éxito una batalla al capitalismo.

Camaradas: manos a la obra, no olvidando que la realización de nuestros postulados depende más de la voluntad en tensión que de una simple sanción adoptada con desgano.

Una vez más la acción nos salvará de las miserias del trabajo a destajo, de los horrores de las largas y embrutecedoras jornadas y demás modalidades propias de los talleres donde la organización sindical fué reemplazada por la voluntad única del capitalista.

Proyecto de resolución de la C. A. sobre reorganización del Sindicato

Recogiendo las opiniones vertidas en diversas reuniones convocadas con el único fin de emprender una labor general de reorganización, la C. A. acordó presentar a la asamblea que se efectuará el día 2 del próximo marzo el siguiente proyecto de resolución:

No obstante el empleo sistemático de los medios conocidos para acrecentar el poder de la organización y controlar todos los talleres, se comprueba que no menos de mil trabajadores están al margen del Sindicato y que en una apreciable cantidad de talleres no existe contralor sindical. Por tales motivos fué posible en esos talleres el retorno al perjudicial sistema de trabajo a destajo, la pérdida de la semana de 44 horas, la reducción de los salarios y la desaparición de otras conquistas no menos importantes.

Sin dejar de reconocer la influencia que sobre tal estado de cosas ejerce la descentralización de nuestra industria y la inmigración constante, se advierte que a la creación de tal estado de cosas ha contribuído la escasa eficacia de los medios de organización hasta aquí puestos en práctica.

Por consiguiente, la asamblea aconseja a la C. A. dejarlos por el momento en suspenso y la faculta para lo siguiente:

1.º Realizar una intensa agitación en el gremio con el fin de llevar los beneficios de la organización a los talleres que están al margen del Sindicato, aboliendo el trabajo a destajo, restableciendo la semana de 44 horas y fijando el salario mínimo y otras mejoras.

2.º Para facilitar el desarrollo de esa campaña y la ejecución de otras tareas propias de la organización sindical, habilitar un local en el barrio que reúna mayor cantidad de talleres.

3.º Crear un comité permanente de organización, que se diferenciará de los que han actuado, en que la labor principal de sus miembros ha de desarrollarse dentro de los talleres como elementos adscriptos a los personales.

4.º Nombrar una comisión especial para que estudie e indique los medios que debe adoptar el Sindicato para retener permanentemente en su seno a los trabajadores que ingresan a él y del que se retiran fácilmente sin causas aparentes.

El destajismo es la fuente de todos nuestros males

No obstante los esfuerzos en contrario, es evidente que en una gran cantidad de talleres se trabaja a destajo.

Muchos obreros aceptan esa forma de trabajo guiados de un interés personal mal comprendido. Creyeron que trabajando sin límites en cuestión de horas, no respetando los sábados ni las fiestas y realizando el trabajo por su cuenta, no sólo serían más independientes, sino que ganarían más dinero que trabajando por día. Pero la experiencia enseña que el trabajo a destajo lleva a resultados contrarios.

Ya se ha demostrado hasta el cansancio que las buenas ganancias de las primeras semanas se van reduciendo en la misma proporción que se intensifica el trabajo, pues la tendencia irrefrenable de todos los patrones es la de ir reduciendo paulatinamente las tarifas hasta conseguir del obrero el máximo de su rendimiento por un jornal inferior al que ganan los obreros que trabajan por día.

La mejor demostración al respecto nos la demuestra el siguiente hecho: el 90 % de los destajistas sacan un jornal inferior al mínimo establecido en los talleres en que se trabaja por hora y de acuerdo a lo estipulado por la organización.

Reconocemos que en un principio las cosas eran al contrario, pero ahora se llegó a donde los capitalistas—partidarios decididos del trabajo a destajo—quisieron llegar para satisfacer sus afanes de explotación.

Después de semejante constatación ¿no parece absurdo que aun haya obreros que se dejen embaucar por tal forma de trabajo?

En cuanto a la «independencia» de que goza el destajista, nos resulta más insignificante aún que sus supuestas ventajas económicas. No negamos que al principio pudo tenerla en mayor grado que los obreros a jornal. Pero ese principio es tan fugaz como las ganancias, y, por su estrecha vinculación con ellas, va sufriendo el mismo proceso de desaparición hasta convertir al «trabajador independiente» en un esclavo del trabajo.

No puede haber independencia donde la necesidad de sacar un salario mezquino obliga al productor a un máximo de intensidad en el trabajo, carga terrible a la que sólo puede substraerse lo estrictamente necesario para satisfacer includibles necesidades fisiológicas.

El destajista depende más del capitalista que el más aherrojado de los obreros a jornal. La independencia es para él una vana palabra, puesto que tiene menos horas disponibles que cualquier otro, gana menos y debe producir con más intensidad, modalidades propias de la esclavitud.

Y huelga decir que la mayor producción que se deriva del detestable sistema de trabajo que venimos comentando determina la desocupación, con la cual especulan los capitalistas para empeorar más aún las condiciones económicas de los obreros a su servicio.

El destajista crea el desocupado que luego se convierte en un temible competidor. Por malas que sean sus condiciones, siempre serán mejores que las de quien no disfruta de ninguna, y, bajo la amenaza de ser desalojado por el sin trabajo, veráse obligado a ir cediendo a las interminables exigencias del capitalista.

Quebrantó los lazos de la solidaridad proletaria al aceptar el trabajo a destajo, y esa ausencia de solidaridad repercutirá más o menos pronto sobre él, quien será un guiñapo a merced de su explotador.

Desde todo punto de vista el trabajo a destajo es funestísimo.

Si la experiencia propia no nos aconsejase rechazarlo, bastarían las simpatías que por él demuestran los patrones para no aceptarlo. Son tan opuestos los intereses de los capitalistas a los nuestros, que difícilmente nos conviene a nosotros lo que ellos desean.

¡Guerra al trabajo a destajo, compañeros!

Tal debe ser nuestro lema en la próxima lucha para abolirlo radicalmente en todos los talleres.

S.

LA BLUSA

En los aires suspendida,
la vieja blusa parece
estandarte que se mece
bajo los rayos del sol,
en su tela desgastada
no hay vestigios de pelea;
pero luce cuando ondea
las huellas de la labor.

De su paño envejecido,
bajo el impulso del viento,
surge vida y movimiento.
brota entusiasmo y calor.
Y al mirarla bajo el cielo
cuando trémula se agita,
parece que en él palpita
un inmenso corazón.

Vieja blusa remendada,
que estandarte del trabajo,
los humildes, los de abajo,
te proclaman a una voz:
quiero verte vencedora,
para que al mecerte el viento
se exhale de ti un aliento
de paz, ventura y amor.

No es esclava ni humillada
entre sonrojos y penas,
llevando odiosas cadenas
como te concibo yo.
Vieja blusa, ennoblecida
por el trabajo fecundo,
te quiero dueña del mundo,
pero en un mundo mejor.

JUSTA BURGOS MEYER.

Asambleas sindicales

Más que un derecho, la asistencia a las asambleas del Sindicato constituye una de las principales obligaciones para sus miembros.

Camarada: concurra usted a todas las asambleas.

TEMAS SINDICALES

Finalidades del Sindicato - Unidad obrera - Misión de los no obreros

El movimiento obrero no puede proponerse de antemano la realización de determinadas formas de organización social para el futuro. Es imposible. La historia de los sistemas económicos demuestra que todos ellos no han surgido primeramente del cerebro de algunos filósofos o pensadores. Y para el movimiento obrero sería poco prudente querer darles una finalidad de esa especie, pues haría renacer en su seno la lucha de opiniones, paralizando la acción fecunda. Después de todo, no está en las condiciones actuales del movimiento obrero la elaboración de un programa de organización de la producción y del cambio, que es una cuestión para después de destruído el capitalismo. Sólo un movimiento obrero orgánico y con una larga experiencia social podrá abordar este asunto.

Para el sindicalismo lo esencial es que los obreros se emancipen del yugo capitalista, en su doble faz de patronato y de Estado. Berth lo dice con una admirable claridad y profundidad: «Para el sindicalismo la cuestión fundamental es el pasaje del taller capitalista al taller obrero, por la eliminación de la autoridad mística del patrón y la transfusión al conjunto de los trabajadores de las potencias intelectuales de la producción, hoy encarnadas en el capital. El capitalismo ha creado el taller moderno. Para convertirlo en obrero es suficiente eliminar los caracteres que tiene y no la naturaleza misma de la producción. El capitalismo ha tenido sobre todo un rol político y comercial. Es la dominación exterior, trascendente y absolutista, del poedor del oro, del mercader, sobre el taller, sobre los productores; es la destrucción de esa dominación que persigue el sindicalismo. No se trata de organizar el trabajo, pues en un sentido ya está organizado por el capitalismo, sino que se trata de emanciparle de las potencias políticas que son el patronato y su representación, su más alto punto de exaltación, el Estado.»

Es imposible e inútil establecer un plan detallado del futuro organismo social. Lo que puede afirmarse es que la organización de la producción y del cambio será obra de las instituciones obreras. A los trabajadores les incumbe una tarea más fundamental en pleno régimen capitalista, y es el de emanciparse. Para eso necesitan unificar sus fuerzas, realizar continuamente la resistencia a la obra del capitalismo, capacitarse para expropiar a la burguesía, preparando de ese modo los elementos de un nuevo mundo social. Así serán capaces de convertir el taller capitalista, foco de miseria y opresión, en el taller obrero, lugar de bienestar y libertad.

Para esa obra colosal de renovación social le es imprescindible al movimiento obrero su unidad, *la formación de la clase revolucionaria.* Esto necesita lograrse, puesto que los trabajadores están muy divididos. Parlamentarios y sectarios se disputan la dirección del movimiento de los trabajadores que ya están agrupados en sindicatos. Y esos pretendientes, en su mayoría, son gentes que no aman a la organización sindical. Si no son obreros, se trata de gente que vive engolfada en libros y teorías de sociólogos de profesión y que han adquirido un barniz de ilustración, cargándose de falsa sapiencia, para sentar cátedra como los únicos a quien les corresponde educar a la masa obrera. La fusión de los trabajadores que están desparramados en partidos y sectas no es obra fácil y de puros argumentos, sino que se necesita una experiencia social realmente sentida y comprendida. Esa experiencia se hace con la lucha sindical. Nuevos hechos en que los obreros puedan ver bien las causas de sus derrotas y de sus triunfos, serán los argumentos convincentes que puedan aunar a los explotados para la acción común .

Cuando el obrero es la presa de sectas y de partidos, en la vida sindical no hace valer su personalidad de productor, sino que intenta hacer primar su opinión o su ideología, persiguiendo el triunfo de la secta o del partido en el seno de la organización económica. Tiene una doble personalidad. Como productor y como adepto a tal o cual grupo de opinión. La personalidad teórica se ha formado por influencias externas a su condición de obrero; es obra del intelectualismo. Y esa psicología artificial es el obstáculo poderoso con que lucha el sindicalismo. Pero esa personalidad sobrepuesta se viene abajo por la obra lenta, pero sólida, de la experiencia que realizan con la acción directa los trabajadores. Esa acción va generando otra personalidad completamente ligada a la vida del taller, que se sobrepone a la otra y la anula.

Cuando el movimiento obrero no se desarrolla libre de influencias extrañas, los trabajadores son fácilmente absorbidos por el pensamiento de parásitos intelectuales; se indigestan con la lectura de escritos de gente que del buen pensar hace un modo de vivir, y pierden el sentido de la realidad, no dando suficiente valor a los hechos de su vida de productores.

Cuando los trabajadores hacen acción directa, entonces se erigen ellos mismos en directores de su propio movimiento y despojan su mente de la sociología con que los han alimentado, no los hechos, sus únicos maestros, sino los intelectuales, la gente extraña a su vida de productores.

¡Cuánto son de admirar los obreros que se bastan a sí mismos! Sus escritos, sus revistas y periódicos reflejan con admirable sencillez y exactitud su vida de explotados, sus aspiraciones y su movimiento. Se aleccionan a sí mismos, destruyen la obra de los intelectuales; y cuando deben referir sus deseos, sus miserias, sus lamentos, su rebelión, su movimiento, no van a consultar autores, sino que consultan a su propia vida. No piden a la literatura de los intelectuales que hable por ellos. Hacen también su literatura, que es superior a la de esa gente, que no sabe de la dura vida de ganarse el pan en el taller o en el campo. *Ella es el reflejo de su vida y de su acción.* Esos trabajadores resultan admirables observadores, profundos críticos del capitalismo, y los mejores—porque son los únicos—combatientes de la revolución proletaria; porque se aman a sí mismos como a elementos de una clase y aman de verdad a su organización en la que ponen la fuerza demoledora que ha de destruir al viejo mundo burgués.

La lucha no es solamente contra el capitalismo, sino también contra la gente extraña a su clase que quiere inmiscuirse en lo que no le corresponde Y a esa obra realmente revolucionaria sólo pueden concurrir con eficacia los trabajadores del taller y de la tierra, en su calidad de productores, agrupados por el vínculo efectivo y profundo de sus intereses económicos.

Penosa y dura es la obra para formar la clase revolucionaria. La acción contra ese elemento extraño está llena de obstáculos. Es lo mismo que tocarle al católico o a cualquier otro religioso, no sólo los santos, sino también los sacerdotes. La acción de la palabra y de la pluma no es suficiente ni fundamental. La polémica es de muy poca eficacia. La acción sidical, con todas sus enseñanzas, es la mejor escoba para barrer a esa gente inútil y peligrosa y para realizar la unidad proletaria.

¡Pensar en cabeza propia! Efectivamente, es lo más sano y fecundo. Pero para pensar con la cabeza propia hay que accionar con los medios propios; inspirarse en su condición real de existencia y no en las páginas más o menos sentimentales escritas por esa gente. Haciendo que los trabajadores adquieran confianza en sus propios esfuerzos y en su propia obra, no sólo lograrán desvincularse de los extraños, anulando su influencia, sino que crearán su literatura y su unidad.

Y los obreros mismos serán los escritores de su vida y de su acción, los mejores críticos de la sociedad capitalista, y los más eficaces combatientes de su revolución.

BARTOLOMÉ BOSIO.

Por la unidad internacional del proletariado

Analizando la situación individual del obrero desorganizado, del productor asalariado que permanece aislado del resto de los demás trabajadores, inevitablemente debemos llegar a la única conclusión posible: que éste, permaneciendo en esa forma, no tiene ninguna probabilidad de poder luchar con ventaja contra el patrón que lo explota, quien, aprovechando esa situación, le paga salarios irrisorios y lo trata como a simple bestia de trabajo. Sabido esto, debemos comprender también que si ese obrero no abandona su aislamiento ingresando en su correspondiente sindicato, no podrá empeñar las grandes luchas por indispensables conquistas.

Sabemos que para llevar esas luchas por el camino del triunfo es necesario que los trabajadores busquen y lleguen a unificarse en sus organizaciones y éstas con las demás del país y del mundo. Es decir, en una palabra, que deben hacer una cosa muy vieja y muy sabida: unificar todas las fuerzas sindicales de la clase obrera para sus luchas contra el capitalismo nacional y su expresión política: el Estado.

Ahora bien: sin necesidad de pensar demasiado, hemos llegado a la conclusión de que los trabajadores necesitamos unificarnos en el terreno nacional. Mas, cabe preguntar aquí si la lucha de la clase obrera se reduce simplemente a los marcos del terreno nacional. ¿Tiene acaso por misión el proletariado el combatir únicamente a una parte de la clase capitalista, a un capitalismo regional? Claro que no; y esto también ya es viejo y archisabido.

Pero, sin embargo, hasta hoy se ha venido tropezando con un sinnúmero de dificultades que han impedido se materialice esa necesidad tan esencial para la lucha de nuestra clase contra el capitalismo.

Si dirigimos por un momento la mirada hacia el campo internacional del movimiento obrero nos encontramos frente a un verdadero desastre.

Por todos lados, en todos los países, se ven las fuerzas revolucionarias del proletariado dispersas, reducidas en la mayoría de los casos a estrechos marcos nacionalistas, que, particularmente en los últimos años, demostraron su poca eficacia frente a la acción organizada del capitalismo, que, triste es decirlo, se encuentra en plena ofensiva contra nuestra clase, habiéndole arrebatado en infinidad de países sus más caras conquistas, que habían sido logradas después de cruentos sacrificios. Sin embargo, con todo ello, parece que el proletariado no quiere comprender aún la dolorosa realidad de la situación. Puede decirse que existen actualmente casi tantas internacionales como gustos e ideas hay sobre la tierra.

Así tenemos en el plano internacional las siguientes organizaciones: Federación Sindical Internacional. (Amsterdam), Internacional S Roja (Moscú), Federación Panamericana del Trabajo (Wáshington), Asociación Internacional de los Trabajadores (Berlín) y el Secretariado Sindical del Pacífico (Hanken). ¿Qué constituyen esas fuerzas aisladas en la lucha anticapitalista? Nada, o, por lo menos, son incapaces de poder realizar ninguna lucha contra el capitalismo internacional con la menor probabilidad de éxito.

La lucha de clases nos enseña que para que ésta pueda manifestarse realmente en la acción es necesario que la clase trabajadora no se divida en infinidad de grupos sino, muy por el contrario, que todas esas partes se acerquen, unifiquen sus fuerzas y puedan ser realmente la expresión de una fuerza capaz de de enfrentarse al régimen capitalista.

Y la lucha de clases, para ser tal, no puede manifestarse en otra forma, pues no es el producto de concepciones ideológicas, sino el resultado histórico de las formas sociales. Tal vez alguien pretenda aducir que lo que yo más adelante sostengo no será nada más que un nuevo motivo de división; pero miremos con serenidad las cosas, tengamos un poco el sentido de la realidad y analicemos las causas que hasta hoy impidieron la realización de la unidad internacional. De todas las organizaciones internacionales, necesario es decirlo, ninguna, ni roja ni amarilla, dejaron de atarse a los «principios»: quedaron sujetas a los dictados inflexibles del dogma, tuvieron su «base ideológica», como vulgarmente se dice, su determinada «línea política», etc. Y ¿han conseguido, acaso, ninguna de esas organizaciones existentes, aunque más no fuera en principio, acercarse a la misión para la que deben existir? Hasta hoy ninguna de ellas lo ha hecho, y tampoco lo podrá hacer, porque se apartan de la realidad. Cada una de ellas supone un movimiento obrero que encarne su imagen ideológica o política. Ahora bien: encontrándonos en Moscú varios militantes de las organizaciones sindicales de la América latina realizamos algunas conversaciones para tratar la posibilidad de encontrar un medio práctico para llegar a una unidad real y efectiva, ya que no es posible en el terreno mundial, por lo menos, ligar fuertemente las organizaciones sindicales de los países de América latina, y sobre esas bases trabajar por la unidad mundial de las fuerzas sindicalmente organizadas de nuestra clase. Téngase en cuenta que nuestro propósito al tratar la unidad no fué, ni es—porque sería caer en un grave error—el pretender realizar esa unidad con fuerzas extrañas. Si se habla de la unidad del movimiento de la clase obrera, si realmente se persigue ese fin, no puede uno referirse más que a la posibilidad de una unificación de las organizaciones sindicales del proletariado. Para ese fin quedan completamente fuera de lugar

El proletariado revolucionario en la concepción de Marx

(Conclusión. Véase el número anterior)

Marx sigue las fases de la lucha del proletariado contra la burguesía hasta el momento en que se convierte en lucha de clase contra clase. De inmediato se advierte que el esbozo de la evolución no es completo. En realidad, el régimen capitalista, con el surgimiento de la gran industria mecánica, uniforma las condiciones de existencia de la clase trabajadora, anulando aquellas diferencias que el artesanado medioeval primero, y el artesanado capitalista después, habían introducido entre un obrero y otro, y entre los diversos grupos de éstos. El alba del régimen de la producción mecánica está señalado por una desenfrenada carrera hacia la nivelación de las condiciones de trabajo. Sin embargo, nosotros sabemos que vuelve a introducir en el proceso social aquellas diferencias que primero había desplazado. En efecto: no podemos negar que el ulterior desarrollo del régimen capitalista haya introducido nuevas diferencias entre los grupos obreros. La organización sindical se ha resentido de ello. La tendencia hacia la formación de las federaciones de oficio tiene origen, precisamente, en el resurgimiento de una «comunidad de intereses de oficio», distinta de la «comunidad de intereses de la clase». Por lo demás, la vida misma de la clase trabajadora experimenta el choque de la heterogeneidad en que vive cada oficio de trabajadores. Reaparecen formas de luchas entre oficios que se creían sepultadas en la Edad Media, y, si bien algunos teóricos han exagerado las consecuencias de estos hechos, sería pueril negarlos. Hay que agregar también que el éxito momentáneo de las corrientes oportunistas en el seno del proletariado, o en ciertos ambientes proletarios, son uno de los aspectos de los contrastes de intereses que surgen en las condiciones de existencia del proletariado.

Ya he dicho que Marx, como observador, está limitado por el tiempo en que vivió y actuó, y si es pueril reprocharle por no haber visto lo que en su tiempo no existía, su método debe permitirnos apreciar exactamente el hecho que con tanta bulla se opone a sus teorías, pues, al observar bien las cosas, veremos que el marxismo no tiene la menor dificultad en admitir y en explicar hechos semejantes. Para apreciar, ahora, convenientemente los aspectos más recientes del fenómeno obrero y medir la influencia que puede ejercer sobre los fines remotos de la clase trabajadora, conviene recordar y evocar la teoría marxista del proletariado, o sea: las razones que hacen de la organización obrera, sean cuales fueren los fines conconfesados, una fuerza que tiende de un modo permanente a derrumbar el orden económico existente fundado por el capitalismo, y por qué resulta de un valor secundario y despreciable el hecho de que esa fuerza, de vez en vez, sea aplicada a fines no propios o accesorios. He dicho varias veces que hay en el marxismo algo eternamente joven. Si Marx no fué el más feliz teórico y explicador del problema de los cambios, si su concepción de las categorías económicas es inadmisible o equívoca, su teoría de la revolución social queda como conquista definitiva a la ciencia y a la práctica obrera. Empero, para hallarla en su estado de pureza hay que mondarla de todas las incrustaciones de todos los accesorios que Marx le fué agregando; es decir: hay que separar le «teoría» de Marx de algunas de las «aplicaciones» que hiciera él mismo, procedimiento que, después de todo, se practica con todo gran pensador.

Hemos visto que Marx considera la lucha del trabajador contra el capitalista como inmanente al sistema de fábrica. Ahora se trata de comprender el porqué. Dentro de los límites de la teoría ricardiana, según la cual las compensaciones del trabajo y las del capital marchan en razón inversa, la antítesis de los dos elementos aparece «prima facie», y parece que puede establecerse que la ley de asociación de aquellos dos elementos es su enemistad. Sin embargo, del punto de vista del marxismo, esta explicación es superficial. La antítesis consumidor-productor no es menos real que la de trabajador-capitalista, y, no obstante eso, aquélla no da lugar a una lucha de clases. La disidencia puramente económica no tiene importancia en el sistema marxista. Esta proposición ha de resultar paradojal sólo a quien tiene fijo en el cerebro la identificación del materialismo histórico y determinismo económico, que son dos cosas que se repelen. Nosotros sabemos que Marx ha superado el horizonte ricardiano del valor. Su punto de vista, sea erróneo o exacto, es que no hay coincidencia entre provecho individual y plusvalor. Debemos admitir, pues, que el grado de explotación del trabajador no tiene ninguna importancia en la determinación del conflicto entre capitalista y trabajador. En realidad, los beneficios del trabajo y del capital no marchan en sentido contrario, por lo menos desde el punto de vista del capitalista y el obrero aisladamente considerados, única cosa que puede justificar el sentimiento de viva hostilidad que el trabajador alimenta contra el capitalista. El beneficio capitalista, en el sistema marxista, no crece por la simple explotación de las fuerzas de trabajo que dependen de él. Sabemos que el capitalista puede obtener menos o más del valor del propio producto. La coincidencia entre el valor y el precio de la producción sólo tiene lugar en las industrias que poseen una composición media del capital. No hay, pues, hostilidad inmediata entre capitalista y asalariado, puesto que los beneficios del capitalista y del asalariado no varían «necesariamente» en razón inversa. Los beneficios del capitalista pueden también crecer a costa de otro capitalista, lo que se ve claramente en el caso del capital comercial, que vive a costa del capital productivo. La oposición, pues, entre asalariado y capitalista no es algo que se comprenda de inmediato. Estamos obligados a introducir momentos no económicos, no «inmediatamente» económicos en nuestro juicio, y de esta premisa surge una nueva condena de la conducta del reformismo vulgar, de ese reformismo que no es el simple arte de las necesarias adaptaciones, sino regla absoluta de la política proletaria, una teoría exclusivista del socialismo.

La explicación de este hecho la hallamos espontáneamente en las condiciones en que se desenvuelve el trabajo de la fábrica. La fábrica crea una disciplina de cuartel. En ella el llamado trabajo de vigilancia y la división jerárquica de los obreros en simples soldados y en oficiales, son llevados a la última perfección. La pricipal dificultad para el funcionamiento de la fábrica capitalista—escribe Ure—no consiste ya en la invención de un mecanismo automático, sino en la disciplina necesaria para alcanzar la coordinación de los hábitos obreros a la regularidad del autómata mecánico, que es el alma de la fábrica. Y Marx recalca en «El Capital»: «arrojando a las ortigas la división de los poderes, tan alabada por la burguesía, por otra parte, y el sistema representativo del que parece tan deseosa, el capitalista formula como legislador privado y según su placer, en su código de fábrica, su poder autocrático sobre los brazos. Dicho código no es, por lo demás, sino una caricatura del reglamento social, como lo exige la cooperación en grandes proporciones y el uso de medios de trabajo comunes, y, especialmente, de las máquinas. Aquí el látigo del conductor de esclavos está reemplazado por el libro de los castigos del inspector. Todos esos castigos se resuelven, naturalmente, en enmiendas y en retenciones del salario y el espíritu artero de los Licurgos de fábrica hace que se obtenga más provecho de las violaciones, que del cumplimiento de la ley».

Completemos este cuadro: Marx equipara la fábrica a un campo de batalla «con un boletín de mutilaciones y homicidios industriales. Apoyándose en los informes de los inspectores de las fábricas demuestra que las economías de materiales tradúcense en aumento de los accidentes. Esta analogía que Marx establece entre fábrica y campo de batalla es importante, y no debe olvidarse. Hay que cuidarse también de tomarla por una simple «boutade» literaria o por un efecto oratorio. Desde el punto de vista de la tesis de Marx, esta analogía tiene una importancia decisiva. En el fondo, Marx quiere decir que en la fábrica capitalistas y obreros se encuentran en la misma relación en que están los soldados de dos ejércitos enemigos. Individualmente hablando, los soldados de los dos ejércitos nada tienen uno contra otro, pero forman parte de cuerpos homogéneos compactos, con objetivos opuestos. La conflagración entre dos ejércitos origina una secuela de accidentes personales más o menos desagradables a sus componentes. Lo propio debe decirse de la fábrica. Estamos obligados a reconocer que Marx hace remontar la antítesis capitalista-obrera a un dato no inmediatamente económico, y, en su primer aspecto, más bien sentimental. Es preciso tener bien presente esta circunstancia para avalorar el porqué en la **concepción marxista las mejoras económicas introducidas en las condiciones de los trabajadores no atenúan los contrastes de clases, ni perjudican su finalidad revolucionaria**. Lo que subleva al obrero contra el capitalista no es la escasez del salario. Desde el oficio precapitalista a la fábrica moderna hay un mejoramiento indiscutible en los salarios, y hay, asimismo, una mayor hostilidad del obrero y de su clase contra el capitalista. No se puede, pues, admitir como conclusión que el salario ejerce una preponderante influencia sobre el movimiento obrero. La **revuelta obrera contra el capitalista es un derivado de las condiciones morales creadas por la fábrica, hablando en sentido más estricto, del yugo autoritario que el patrón ciñe al pescuezo del trabajador**. En los primeros pasos del movimiento obrero, el trabajador se levanta contra la máquina y la destroza. En realidad, él no ve en ella sino la concurrente. En este caso, el móvil económico es decisivo. Empero, estas son revueltas esporádicas e inorgánicas, anteriores a la formación de las organizaciones obreras estables. Después el trabajador se somete dócilmente a las máquinas. De este momento su situación ha cambiado. Libre en la sociedad, es esclavo en la fábrica. Este contraste genera su permanente adversión al capitalista.

La relación creada por la fábrica tiene un doble carácter: una relación natural, esto es, técnica, y una relación «social», de clase. Es comprensible que toda agrupación de hombres con un propósito colectivo exige una dirección. Una orquesta necesita un director, un cuerpo de soldados, oficiales, y una escuela un maestro. Esto es un derivado de las exigencias técnicas del trabajo colectivo. Pero, cuando el objeto del esfuerzo colectivo representa únicamente los intereses del jefe de la empresa, ésta se convierte en patrón. Y un jefe no es necesariamente patrón. El oficial que manda los soldados ejercita simples funciones técnicas, el maestro de escuela no considera subordinados a los alumnos, etc. Dada la finalidad de la organización militar, el oficial resulta indispensable y, por lo mismo, necesario, necesario a los mismos dependientes. El director de orquesta es un asalariado de grado superior, pero no es el patrón de los ejecutantes, dado que él y ellos obedecen al deseo e interés económico ajeno. En la fábrica también es necesaria esta coordinación de funciones y, desde luego, la existencia de un jefe técnico. Empero, el patrón no es el jefe técnico, y el desarrollo industrial tiende a separar cada vez más el oficio de la dirección técnica de la condición de patrón. En cuanto en la fábrica, al lado de la relación de dependencia técnica, subsiste ahora, y hasta se le sobrepone, la relación de dependencia «social», relación cualitativa de clase; la fábrica se divide en dos campos: uno es el del patrón o de la actividad patronal, y el otro es el de los asalariados. Vemos, por lo tanto, que la lucha de clases solamente en la fábrica es una realidad concreta y tangible, y podemos comprender una vez más por qué Marx ha evitado extender sus reflexiones en lo que respecta a las antítesis de clases, al ambiente que circunda el taller, a lo que ocurre fuera de la fábrica. No es porque esperase de los señores Bücher y Cossa la lección de que hay un semillero de clases, hecho éste de muy escaso interés para su investigación.

Que entre las demás clases puede no haber coincidencia de intereses, es también admisible; pero, desde el punto de vista de la dinámica del capitalismo, el hecho es poco interesante. En efecto: las oposiciones de clases que no se encuentran en la fábrica se agotan en su propio círculo y no llevan a una diversa forma social, mientras que es precisamente este hecho de dinámica social lo que interesa a Marx. Estas clases, si bien con opuestos y divergentes intereses, dan a su oposición un carácter puramente personal. El deudor odia «ab antico» al acreedor, el consumidor detesta al comerciante, el inquilino abomina del propietario de casa; empero, el deudor, el consumidor y el inquilino odian solamente al acreedor, al revendedor y al dueño de casa «respectivo». Estas oposiciones de clases son tan antiguas como la historia humana, pero más infecundas que la virginidad.

Lo que hemos comprobado es de gran importancia para la teoría dinámica del capitalismo en el sistema de Marx. Nos persuadimos que el conflicto de clase no tiene por solo y exclusivo fundamento una característica económica. Vemos que él se deriva de la existencia de las clases y de los sentimientos que ese hecho genera. Vemos, así, por qué las mejoras económicas introducidas en las condiciones de la clase trabajadora, en la fábrica, en su situación moral, en la sociedad, como no suprimen las antítesis de clases sino que le dan mayor realce, justificando algunas reivindicaciones de los obreros, nada pueden restar al sentimiento de clase, y, por lo mismo, no pueden contribuir a apaciguar la sociedad. Llegamos a la conclusión, así, que «el ideal» de los trabajadores, según el génesis del sentimiento de clase, no es esta o aquella organización de la sociedad, sino la supresión de las clases sociales en el seno de la fábrica y, desde luego, la terminación de la relación de patronato, ya sea representado por el individuo, la colectividad capitalista o el Estado.

Ahora, es probable que el lector no encuentre dificultades para comprender la misión revolucionaria que Marx asigna al proletariado. Doquiera hay diferencias, nace el odio y la lucha. Acontece esto en el caso en que un pueblo es oprimido por otro, y ese hecho explica la invencible repugnancia que inspira el antipatriotismo, que prescinde de la consideración que hace de la **independencia** del hombre y de un pueblo una necesidad elemental del alma humana, que explica las más altas manifestaciones del sacrificio. Intentar razonar sobre este sentimiento es completamente inútil. Por lo demás, si el antipatriotismo desea proceder con rigurosa lógica, llegaría en su afán extremado de afirmarlo, a negar la lucha de clases. El concepto de la independencia de clase se funda también en un dato sentimental. El que encuentra ilógica la independencia patriótica debe hallar igualmente ilógico el concepto de la independencia de la clase. Si la patria se encuentra donde se está bien, la clase debe ser la que nos hace vivir mejor. El repudio de la opresión nacional se funda en elementos primarios y elementales.

Esto se repite también en la fábrica. El elemento humano a que se refiere Marx es originario e irreductible. El sistema capitalista, a la vez que generaba las dos clases necesarias a su mecanismo, creaba la antítesis entre ambas. Y así es cómo debemos imaginar la acción revolucionaria del proletariado.

Las razones que dividen al proletariado de la burguesía son de varias índoles, y no todas reducibles al principio de clase. Los proletarios se esfuerzan en diversas maneras para conseguir mejores condiciones de vida. Esas mejoras no comprometen la existencia de la clase capitalista. Podemos hallar en la fábrica, en el mercado y fuera del ambiente propiamente económico una serie de zonas donde la acción reformadora a favor del proletariado es perfectamente posible y donde se desenvuelve, efectivamente, dicha acción. Con el desarrollo y progreso de la acción reformista van desapareciendo poco a poco las razones que ponen al proletariado contra la burguesía por causas independientes del principio de clase. **Tan es así, que el progreso de la acción reformadora hace más puro el momento revolucionario.** En efecto: al desaparecer las razones secundarias que colocan a la burguesía contra el proletariado, queda soberano el puro principio de clase, o sea: el elemento inmodificable e irreductible del contraste entre burguesía y proletariado. La disidencia aparece, en consecuencia, en su forma más aguda y entra en su fase resolutiva desde el momento en que entre burguesía y proletariado no existen sino divergencias originadas por la situación de clase. Marx nos ha descrito la situación del capitalismo, en los albores de su existencia, despiadado con la vida y la salud de la clase trabajadora, donde la sociedad no lo obligó a respetarlas. Nos ha descrito las épicas luchas de la clase obrera inglesa contra los dueños de las fábricas, tendientes a poner un límite a la explotación del trabajo. Nos ha mostrado la clase trabajadora, ora victoriosa, ora sucumbiendo en la lucha contra el capital. Y concluye sus consideraciones respecto a la legislación sobre las fábricas, con estas palabras: «**Las luchas alrededor del salario, dentro de la manufactura, prosuponen la manufactura, pero en ningún modo van dirigidas contra su existencia.** El sistema capitalista no es herido por los

---

todas las agrupaciones extrasindicales, aunque éstas, desde el punto de vista ideológico, se denominen revolucionarias. Y si al firmar la declaración de trabajar por la unidad de las organizaciones sindicales de la América latina, aparecen algunas firmas de elementos que nada tienen de común con el sentido de la verdadera unidad del movimiento obrero, no por eso debe de estimarse improcedente esa declaración, ya que esos elementos no harán otra cosa que haber estampado su firma en aquella oportunidad, y que al llevar adelante nuestro verdadero propósito ellos quedarán descartados.

La unidad, sí; es lo que anhelamos. Pero la unidad de las organizaciones sindicales de nuestra clase.

Martín S. García.

ataques contra algunas de sus manifestaciones. Las mismas concesiones que hace el capitalismo no debilitan su organismo. Vemos, pues, que Marx niega todo valor revolucionario a las reformas **Las reformas no derriban al capitalismo**; he aquí la suprema conclusión del marxismo. Estas desembarazan únicamente el camino a las supremas cuestiones de clases. Ahora bien: si el sistema capitalista está fundado sobre la antítesis capitalista-asalariado, y esta antítesis es inconciliable gradualmente, la revolución hállase suspendida sobre él. El capitalismo sólo desaparecerá el día en que el proletariado, adueñándose de los medios de producción, los administrará en forma asociada y directa, suprimiendo toda relación de dependencia de personas e instituciones ajenas a la fábrica administrada cooperativamente. He ahí el salto de la revolución. (Y esto es también lo que yo he llamado, en un momento oratorio, el «golpe de mano de la revolución». He pagado amargamente este pecado retórico, porque desde entonces los reformistas de todas las graduaciones y algún sindicalista no menos benévolo me han colgado el sambenito de «blanquista», lo que encierra también un gran despropósito histórico.)

Las conclusiones son fáciles ahora. Un país o una clase está tanto más cerca a la revolución social cuanto más se han eliminado las cuestiones accesorias que pueden surgir entre las diversas clases. La revolución burguesa ha tenido un largo prólogo representado por la manumisión sucesiva de los privilegios jurisdiccionales y administrativos de la aristocracia. El poder real, retirando los privilegios nobiliarios de carácter jurisdiccional, eliminó las cuestiones secundarias que alejaban el conflicto sobre la propiedad, y así se planteó netamente la cuestión de la propiedad feudal. Lo propio hay que pensar de la revolución proletaria. Tanto más cerca a la revolución proletaria se halla un pueblo, cuanto más ha mejorado la situación de la clase trabajadora. No se puede imaginar error mayor del que se comete al confundir el marxismo con una filosofía que considera el aumento progresivo de la miseria como causa de revolución. El malestar del cual habla el marxismo, sólo es real en su aspecto sentimental, desde que piensa que la eliminación de los contrastes accesorios hace resaltar las cuestiones de clase, y a eso reduce él todo el conflicto social.

Así, se ha observado muchas veces, que si bien la servidumbre y la situación de las clases burguesas alemanas fueron infinitamente más duras que las de la burguesía francesa, fué ésta y no aquélla la que realizó la revolución. Ese hecho se debe, evidentemente,, a que las mejores condiciones económicas y morales nos hacen más sensibles a las injusticias sociales y hacen, luego, insoportable un yugo que otros soportarían como un mal menor. El trabajador francés o americano, habituado a considerarse hombre libre fuera de la fábrica, soporta menos que el obrero alemán, ruso o italiano el dominio de la fábrica. Cuando los floridos «pensadores» del reformismo van demostrando contra las tesis marxistas que el mundo ha cambiado de cómo Marx lo ha descrito, dicen indudablemente una verdad, que el mismo Marx debió suponer que ocurriría. Pero, ni que fuera a propósito, los cambios de que nos hablan se refieren a aquel orden de fenómenos que Marx consideraba extraños a su investigación y a la naturaleza íntima y al principio constitutivo del régimen capitalista. Marx, para comprender el régimen capitalista, efectuó, en primer término, un corte neto entre la sociedad, cual genérica agrupación de hombres, y su economía. Luego, en la misma economía ha separado los fenómenos de la producción de todos los demás. Por último, ha buscado la esencia del capitalismo en la fábrica. Por cierto que se puede rechazar la conclusión práctica-política a que llega, pero es necesario tener la honradez de haberse dado cuenta de sus procedimientos, y luego de demostrar su erroneidad. Si el principio marxista no se ha comprendido en sus raíces, ¿no es simplemente grotesco pretender oponerle hechos que nada tienen que ver con él?

El encarnizamiento que los defensores del orden capitalista, enmascarados o sin máscara, con el gorro rojo o la escarapela tricolor, despliegan contra el marxismo es una demostración de la filosofía inmanentemente revolucionaria que encierra dicha doctrina. Ella eleva el ánimo realmente de quien considera su necesidad con un sentimiento simpático e inspira una heroica fe en los defensores del proletariado. Ella nos asegura que el movimiento interno del régimen capitalista da siempre más realce a las cuestiones de clases; que la acción sindical del proletariado conduce inexorablemente a situaciones revolucionarias, a situaciones que no admiten más compromisos; que el mismo proceso de las reformas, acelerándose y desarrollándose, por las condiciones propias de una sociedad que encierra en su seno un formidable pueblo de enemigos, elimina las cuestiones de clase. **El marxismo, por tales consideraciones, es la teoría definitiva del movimiento obrero,** de aquel que se inspira directamente en él y conscientemente trata de accionar de conformidad a sus leyes extraídas de la observación, y también de aquel que se forja la ilusión de hallarse alejado. Donde Marx ha demostrado que las cuestiones de clase, aparte del deseo de los hombres, rechazan por necesidad orgánica los compromisos, ha dado también la teoría definitiva de las revoluciones sociales. Por ello no hay ninguna mejor definición del marxismo que esta de Sorel que lo señala como teoría revolucionaria de la historia.

Cien veces refutado, cien veces ha resurgido de sus cenizas. Este fenómeno de extraordinaria vitalidad sería inexplicable si no tuviera una singular virtud. Hace rato que el marxismo habría quedado sepultado por el imposible problema de las categorías económicas que se propuso, si no hubiese sabido formular la teoría, eternamente joven, de las revoluciones sociales.

El movimiento obrero es la demostración permanente del marxismo.

Desde sus primeros años, Marx había hablado del movimiento proletario con entusiasmo: «Hay que haber conocido—decía en «La Sagrada Familia»—el estudio, la sed de saber, la energía moral y el esfuerzo constante por el progreso del obrero francés e inglés, para formarse una idea de la nobleza de este movimiento.» Después lo acompañó durante todo el curso de su existencia con el consejo y con la obra. Vió en él el elemento transformador que operaba sobre la realidad presente. Las «circunstancias», las «condiciones» propias del capitalismo habían creado la clase obrera, pero ésta, viviendo, realizaba una serie de progresos sobre la sociedad y, haciendo así, la transformaba en armonía a sus fines, a sus ideas y a su modo de vivir. La sociedad capitalista aparecía como la realidad ciega y obtusa que se opone al esfuerzo de la voluntad activa, de conformidad a un plan, a una intención que trata de realizarse según sus exigencias. La voluntad de progreso se personifica en el proletariado El movimiento proletario era implícitamente el salto de la necesidad a la libertad, en cuanto obedecía a sus exigencias en gran parte ideales. «Los proletarios no tienen que perder sino sus cadenas», proclamaba el «Manifiesto». Los trabajadores se asocian, pues, con un fin que va más allá de la economía; su objeto es puramente político: consiste en la abolición de las clases. Por este elemento voluntario e ideal el movimiento obrero se independiza poco a poco de las mismas condiciones que le dieron vida, conquista una creciente autonomía y extrae de sí mismo las propias leyes. Así, de un cierto momento en adelante, la evolución de la sociedad resulta el reflejo de la evolución del movimiento obrero; y de ahí que el estudio de las tendencias históricas de la sociedad presente se reduce al estudio de las tendencias orgánicas del sindicato de oficio. Y, de este modo, la doctrina sindicalista continúa la escuela marxista.

Marx, al cerrar su carrera de escritor, saludaba de esta manera a los sindicatos, viendo en ellos la única fuerza creadora del socialismo, y no en el partido político: «**Los sindicatos obreros, sin que ellos lo adviertan, se convierten en centros de la organización de la clase trabajadora, así como en la Edad Media los municipios fueron los centros de la organización de la burguesía. Si los sindicatos, como medios para eliminar la concurrencia entre obreros, son indispensables para la lucha diaria entre el capital y el trabajo, son todavía más importantes en su segunda fase: representan la fuerza organizada que debe demoler el sistema del trabajo asalariado y el dominio del capital.** Así en el alba de su vida y en el momento de terminar su actividad de escritor, Marx veía en el sindicato el instrumento de la revolución social. He ahí por qué tenemos el derecho de afirmar que la doctrina del sindicalismo, histórica y lógicamente, desciende del marxismo.

ARTURO LABRIOLA.

Biblioteca Social

Los compañeros no deben olvidar que nuestro Sindicato posee una excelente biblioteca de la que todos pueden servirse con sólo exhibir el carnet sindical y estar al corriente con las cotizaciones.

Boycott a "La Vanguardia"

Nuestro Sindicato ha boicoteado «La Vanguardia», no por socialista, sino por calumniadora.

Propósitos del sindicalismo

Cuando el sindicalismo significa que es necesario a los productores adquirir y ejercer la autoconciencia indispensable para realizar su libre acción absoluta, no hace más que reproducir el viejo axioma del socialismo marxista, que es el fundamento de todas las concepciones revolucionarias modernas.

No admitimos, pues, que pueda haber quien a la hora presente haya de sentirse incómodo por la persistencia con la cual insistimos sobre este punto esencial de la emancipación de los productores. No es precisamente una cuestión de inteolerancia o malevolencia hacia los otros métodos o doctrinas la que expresa el sindicalismo con esta afirmación o incitación, sino el convencimiento cada día más arraigado y que justifican las acciones de la vida social, de que sin este requisito psicológico no es posible llegar a la realización total y perfecta de las aspiraciones socialistas.

En efecto, la masa obrera debe realizar por sí misma el proceso de su emancipación; debe hacerlo con los elementos propios, que día a día va creando; debe actuar de por sí al impulso de sus inspiraciones, y debe poseer el criterio lúcido de las situaciones cambiantes del conflicto de las clases, y hallar para cada una la solución que ella de por sí juzgue oportuna y apropiada.

Aunque en el comienzo de su acción anticapitalista—hipótesis que no compartimos enteramente—los productores pudieron necesitar o utilizar una clarividencia que provenía del exterior, en el presente, con el desarrollo paulatino de su enorme fuerza, con la conciencia ya formada de su destino histórico, con las luces, en fin, que hoy iluminan su marcha hacia el futuro, proyectando claridades infinitas, no les es posible ya admitir otras indicaciones para su acción que aquellas que les da su inteligencia y que emergen de ésta como un fruto natural de la contemplación y discernimiento propios.

La autonomía e independencia de sus movimientos en una imposición de los hechos, lógica, impostergable, de cuyo ejercicio inalterado, libre y fecundo, depende la existencia de la clase como entidad histórica o revolucionaria; es ella, en el pasado, bajo formas menos definidas e incipientes, la razón de ser del conflicto entre el bakuninismo y el marxismo áspero y hoy victorioso en la conciencia y la acción de los productores, conflicto que se renueva, con un aspecto más inmediato y visible para nosotros, en la antítesis existente entre socialismo político y anarquismo, y productores organizados como clase.

Además, es fácil comprobar que bajo cualquier aspecto que se encare o aprecie la acción de los productores, éstos se hallan ya en condiciones de bastarse a sí mismos. Tienen para ello un bagaje cuantioso de enseñanzas y experimentos insubstituibles e inapreciables, que torna irrisoria la presunción de que deban asesorarse de otros para actuar con éxito su lucha contra el capitalismo. Poseen inteligencia, intuición e instrumentos de lucha que no pueden ser reemplazados con ventaja—aunque lo quisieran y pensasen—y nadie que proceda con desinterés y sin ulteriores y particulares fines podrá pretender en la actualidad encauzar la acción de los productores hacia métodos especializados, restringidos o unilaterales, que han sido definitivamente superados por la eficacia de la acción autónoma de los obreros, y que resultan de una aplicación difícil y de una esterilidad desconcertante.

No es honesto ni correcto insitir magnificando sobre las fallas y errores que resultan de la misma naturaleza difícil de la lucha contra un capitalismo que se mantiene fuerte y bien organizado, a fin de cohonestar actitudes de partidos o sectas, o preconizar procedimientos determinados.

Las grandes dificultades que comporta la árdua lucha que libra la clase obrera contra un régimen tan bien cimentado, sus consecuencias dolorosas e ingratas, los contrastes y derrotas que deben los productores sufrir con renovada frecuencia, son inherentes y propios del carácter de esa lucha, y hallan su explicación satisfactoria en detalles y circunstancias momentáneas, que han de removerse indefectiblemente.

No está bien, pues, inferir de estas alternativas des agradables la innocuidad o ineficacia de la acción directa de los productores, por cuanto si se quisiera actuar por otros métodos o procedimientos, esas dificultades no harían más que agrandarse.

La afirmación que hacen los partidos políticos de que los productores no pueden llevar con éxito—por sus propios medios y recursos sindicales—la guerra al capitlismo imperante, no resiste hoy al más somero análisis.

Es una aseveración intencional e inexacta. En primer término porque los frutos de la acción obrera no son decepcionantes. Ellos no inducen a desesperar, sino, por el contrario, apreciados en su conjunto, llevan a pensar en su progreso ilimitado y en su triunfo final, por las energías crecientes que acumula el proletariado y que robustecen su acción anticapitalista; y, en segundo lugar, porque las mismas dificultades con que puedan tropezar los productores al desarrollar su lucha contra un adversario todavía tan poderoso, serían acrecidas desde el instante—reiteramos la afirmación—en que abandonando los métodos e iniciativas propios, se confiaran a la acción externa de grupos, que no tienen ni la homogeneidad requerida en su composición, ni la filiación netamente anticapitalista y obrera que se requiere o se requerirá para abatir a la burguesía.

La intención no basta, como no basta la inteligencia para resolver esta lucha de eliminación. Se impone la acción de clase, y no la acción de los grupos. Y esta condición no sólo es virtual en los productores, puesto que es de naturaleza específica, sino que les es inalienable.

Hay una dificultad insuperable en que el movimiento obrero revolucionario pueda ser hoy ni siquiera influenciado por la acción externa de grupos políticos o sectarios. Ella reside precisamente en el carácter de su personalidad como clase, de que no puede despojarse—aunque quisiera—y que lo hace subordinarse a su propia naturaleza y a su destino.

Esta condición, que ha surgido de la economía capitalista, se hace cada día más fuerte y consciente en virtud de las incidencias aleccionadoras del conflicto social, que aportan a los trabajadores los elementos de juicio y de apreciación que antes no tuvieron.

Su situación de productores asalariados les ha hecho compenetrarse vivamente de la realidad social. La concepción materialista de la vida, que por un cúmulo de factores abstractos e ideológicos no poseen sino muy reducidamente los individuos de la otra clase, existe en los productores con una intensidad de verdad y amplitud que la hace indestructible. De ahí la fuerza omnipotente de sus convicciones revolucionarias y demoledoras; de ahí su opinión acerca de la psicología burguesa y de los conceptos de patria, justicia, libertad, democracia, progreso, etcétera, etc., que llegan a compartir, desdiciendo su origen fundamental, los socialistas de partido y los ácratas de imbuído humanitarismo, enemigos de la concepción de la lucha de clases.

El movimiento obrero ha creado su filosofía y su propio método. A medida que progresa en su acción—y por consiguiente en sus fuerzas—se va separando más de algunos adláteres con quienes parecía muy vinculado. No lo hace por odio ni adversión, sino porque considera incompatible con su existencia y la realización feliz de sus propósitos, someterse a la pauta que le marquen grupos que no tienen una posición definida en la lucha de clases, y cuya ambigüedad de principios contiene un serio peligro para la comprensión real y exacta de la acción espontánea de la clase.

Pensar que el sindicalismo, fruto natural de una actividad obrera autónoma e inteligente, se inspire en ideas de especial antipatía hacia doctrinas determinadas, es incurrir en un gran error. No es ese su propósito, por el contrario, quisiera atraerlos al servicio de la causa proletaria. Entiéndase bien: al servicio, mas no a someter una fuerza histórica e incontrastable—moral y materialmente—como es la clase obrera organizada, a las inspiraciones, aunque sean bien intencionadas, de grupos políticos e ideológicos, que no tienen más misión, razón de ser ni prestigio que el que les proviene de declararse partidarios y coadyuvantes en la emancipación de la clase obrera; tarea que no pueden materializar por una dificultad irremovible: la de no poseer las condiciones virtuales que para ello se requiere, es decir: ser clase obrera organizada.

Estamos, por consiguiente, y nos conservaremos, sin violencias agresivas, dentro de la vieja y cada día más verídica afirmación marxista, de que la emancipación de los productores, para ser una realidad histórica, ha de ser obra de ellos mismos.

El sindicalismo cooperará a este gran propósito, que no es otro más que trasladar el socialismo y confiar su realización a los trabajadores organizados.

X. X. X.

Atrasarse en el pago de las cotizaciones no habiendo un motivo justificado, implica la pérdida de todos los derechos. La justificación para eximirse del pago debe hacerse mensualmente en la Secretaría de la Organización.

Por fábricas y talleres

HUBO UNA HUELGA EN EL TALLER SALERNO Y GRASSI

El personal de este taller, sito en la calle Alsina 2114, se declaró en huelga con el objeto de rechazar el trabajo a destajo que los patrones deseaban imponer.

Después de dos semanas se dió fin a la lucha, volviendo al trabajo una parte de los compañeros y esperando la otra que los patrones fuesen expulsando a los carneros para ocupar luego los puestos de ellos.

El patrón prometió readmitir a todos, pero si bien respetaría el trabajo por día, por cuyo mantenimiento luchó el personal, no aceptó el compromiso de no dar trabajo a destajo a las personas que pueda tomar en lo sucesivo y que acepten esa forma detestable de producir.

Para un personal organizado y aguerrido no sería realmente una solución satisfactoria la dada a esta huelga. Pero hay que tener en cuenta que el personal que nos ocupa estaba en parte desorganizado, siendo escasos los compañeros que formaban parte de nuestra organización y que estaban compenetrados de sus propósitos.

A pesar de todo, este personal puede asegurar con su conducta ulterior el triunfo definitivo que no pudo obtener en esta circunstancia. Todo es cuestión de que los camaradas que lo integran se unan entre sí, obren con franqueza y lealtad recíproca y se dispongan a defender los intereses de la organización de que forman parte, impidiendo la realización de ese propósito patronal de introducir en el taller elementos adictos, que acaten ciegamente su voluntad y neutralicen los esfuerzos de los camaradas por mantener las condiciones de trabajo establecidas por el Sindicato.

Si obran con inteligencia se ganarán a su causa a los obreros que ingresen al taller, y de no conseguirlo fácil les será arrojarlos de él por el concurso de una atmósfera moral que haga imposible la permanencia de los carneros

Salerno y Grassi, y particularmente el primero, a fuer de patrones, no merecen ninguna clase de consideraciones. El personal no debe olvidar que el conflicto se prolongó por una felonía de Salerno. Este señor había accedido a la demanda formulada, y cuando llegó el momento de fijar la hora de reanudar el trabajo negó su propia palabra, por lo que hubo necesidad de continuar la huelga. Un hombre de esa índole es capaz de cualquier bajeza, y frente a él sería torpeza en los obreros el conducirse como corresponde con personas que no por ser patrones dejan de tener palabra y saben respetar los compromisos contraídos.

El Sindicato necesita del concurso de los camaradas de Salerno y Grassi y deben dárselo, en primer término por el propio bien.

Cualquier debilidad es tolerable, pero la que conduce a la convivencia con los carneros y al trabajo a destajo es peligrosa.

¡Compañeros de Salerno y Grassi! ¡Abajo el trabajo a destajo! ¡Viva la solidaridad obrera!

JUAN ROCHE ALTERO UN RECIBO PARA ELUDIR EL PAGO DE JORNALES

Son conocidas las incidencias a que dió lugar la lucha de los trabajadores de la Industria del Mueble contra el capitalista Juan Roche, al negarse éste a reconocer derechos tan elementales como el de asociación y el de determinar mejoras de orden económico como el salario mínimo, la limitación de la jornada, etc. Es también conocida su negativa a satisfacer a los huelguistas los haberes por concepto de jornales, en unos casos, y la reducción de los mismos en otros.

Pero se ignoraba el recurso puesto en juego por Roche para eludir el cumplimiento de ese deber, y ahora acaba de manifestarse en el juzgado, a donde han debido recurrir los huelguistas para cobrar sus haberes. En efecto: requeridas las pruebas de cómo había pagado, Roche presentó unos recibos adulterados en la suma recibida por los obreros y la fecha de su entrega. La adulteración era tan visible que el juez la reconoció al primer golpe de vista y así se lo manifestó al apoderado de ese capitalista aprovechador, quien tuvo que reconocer la deshonestidad del procedimiento.

Un capitalista que recurre a tan vergonzosos extremos no es extraño que implante en el taller un régimen de trabajo tan inicuo como el que nosotros hemos denunciado en repetidas ocasiones, motivo de un sinnúmero de conflictos con los obreros, ni tiene nada de particular que con sus relaciones comerciales observe procedimientos tan deshonestos como el apuntado.

Con su deshonesto procedimiento, Roche no consiguió el objeto que se había propuesto. En efecto: apenas el Sindicato tuvo conocimiento del hecho, solicitó la intervención del doctor Scheimberg, abogado del Comité pro-presos, para que entablase una acción legal contra el estafador. Pero éste, dándose cuenta de su situación difícil, reconoció las deudas de los obreros y depositó en el juzgado las sumas correspondientes.

Por esta vez, el chivo cayó en el lazo.

EL PERSONAL DE CASACOVSKY SOSTUVO UNA HUELGA PARA COBRAR SUS HABERES

El personal de este taller, sito en Independencia 3851 se vió en la necesidad de declararse en huelga para cobrar sus haberes, los que representaban dos semanas de trabajo.

Antes bastaba trabajar para cobrar; ahora a más de eso, se necesita hacer huelga, como si el cobrar constituyese una mejora independiente de la obligación que tiene todo explotador de dar a los obreros el salario convenicon éstos por su trabajo.

Y es de ver cómo se disgustan los patrones cuando se les produce una huelga por tal causa. Pedro Cerliani calificaba de impositivas esas huelgas, las que, a su juicio, coartaban la libertad del patrón.

Es de suponer lo que haría un patrón de esta laya si se le respetase su «libertad»: no pagarí anunca. De ahí al régimen del trabajo obligatorio y gratuito no habría más que dar un paso.

Imagináos un asaltante que se os cruza en el camino con ánimo de despojaros del producto de una semana de trabajo, y que al defenderos de él se indignase invocando un principio de libertad.

Pues es el caso de esos patrones que se sulfuran porque uno no se deja despojar.

Casacovsky también se sintió amoscado por la huelga y le parecía arbitrario que se produjese por cuestión tan baladí como la del pago. Porque este señor es de esos patrones que ven en los obreros una especie distinta a la propia. Un patrón debe comer buen puchero, buenos bifes, excelentes postres y beber mejor. Pero un obrero debe vivir exclusivamente del aire y, caso de ingerir alguna cosa, basta con agua de la canilla.

A pesar de esa opinión, los compañeros del personal se sintieron de la misma especie que el patrón y reclamaron sus haberes, y como éstos no fuesen satisfechos recurrieron a la huelga. A los 13 días y medio de su duración decidieron volver al trabajo, si no con una victoria completa, en mejores condiciones que al producirse la huelga: Cobraron previamente una semana de las dos que se le debían y—esto es más valioso,—volvieron al taller organizados, situación que no conocían unos días antes de la lucha. Y es indudable de que esta condición de obreros organizados les permitirá en lo sucesivo luchar con más eficacia.

La otra semana de trabajo el patrón prometió pagarla a los pocos días de terminarse el conflicto.

Es de esperar que los compañeros del personal de Casacovsky permanezcan unidos y sean en todas circunstancias fieles a la organización sindical, pues de ese modo serán respetados por el patrón.

PROPOSITOS PATRONALES FRUSTRADOS POR UNA HUELGA

Los hermanos Mazer, con taller en Mármol 974, manifestaron al personal la decisión de reducirle los jornales en un 10 por ciento. Fareciales a estos señores que eran pocas sus ganancias y que debían acrecentarlas a expensas de los trabajadores. Pero éstos, con muy buen criterio, resolvieron reunirse en la Secretaría del Sindicato, donde acordaron rechazar el propósito patronal, manifestando que lucharían lo necesario para impedir que empeorasen sus actuales condiciones de trabajo.

Los patrones pidieron obreros por los diarios; concurrieron algunos, pero el personal huelguista no pudieron reemplazarlo gracias a la actividad por él desplegada para mantener la huelga.

A los dos días ocurrió lo que en todas las luchas mantenidas con energía por los trabajadores: Mazer pidió una delegación, a la cual manifestó que respetaría todas las condiciones del personal. Después de esto se acordó reanudar el trabajo.

El personal de Mazer lo componen camaradas aguerridos, cuya acción deben tomarla como un ejemplo los camaradas de otros talleres, los cuales, por carecer de energía, soportan frecuentemente la pérdida de importantes mejoras, contribuyendo con los capitalistas al malestar por que atraviesa actualmente el gremio.

OTRA HUELGA CONTRA LA REBAJA DE LOS SALARIOS

Nadeo y Defelipe, con taller en Antezana 196, se han distinguido siempre por los bajos salarios que pagan a sus obreros. Ganar un peso la hora en este taller es disfrutar de un privilegio. Calculen ahora los compañeros cuánto ganarán los de condiciones inferiores. Se dió el caso de obreros competentes que ganaban—¡que sólo le pagaban, mejor dicho!—siete pesos.

Pues a pesar de todo esto los patrones nombrados decidieron reducir los jornales en cincuenta centavos.

A causa de esta actitud los compañeros resolvieron declararse en huelga y no volver a dicho taller sino en las condiciones anteriores, de suyo pésimas.

Para reducir los jornales, estos patrones, como tantos otros, aducen que el trabajo no tiene salida.

El argumento tendría algún valor si los capitalistas mejorasen las condiciones de los trabajadores en las épocas de trabajo. Pero es el caso que para mejorar las condiciones de trabajo nunca les va bien a los capitalistas y de ahí que los trabajadores hayan tenido necesidad de librar recias luchas—en las épocas de más trabajo, precisamente,—para dignificar sus condiciones de vida.

Todas las mejoras de que hoy disfrutan los obreros fueron obtenidas con su solo esfuerza. Por iniciativa y bondad de los capitalistas nada han conseguido..

Es que si por los capitalistas fuese se trabajarían 14 horas diarias por cuatro pesos. ¡Tan generosos y humanitarios son!

EL CAMPEONATO DE LAS HUELGAS

A pesar de reiteradas provocaciones ningún capitalista consiguió arrebatar a Ponti el campeonato de las huelgas.

Cuando uno menos se la espera el personal de Ponti aparece en la Secretaría de la organización para declarar una huelga. Y es tal la seguridad sobre el motivo de la misma que nadie lo menciona. Se declara la huelga y nada más. Tratándose de Ponti, de sobra se sabe que no puede haber otro motivo para la huelga que la falta de pago. Por lo menos ese es el motivo fundamental y obligado en todo caso.

En el número pasado de **Acción Obrera** se daba cuenta de un paro de 24 horas po rel motivo conocido. Pues hoy debemos informar de otro que se produjo, ¡cuándo no!, por idéntica causa y cuya duración fué de dos días.

Después de esos días, y previo pago de dos semanas de trabajo que se le adelantaban, los compañeros del citado taller acordaron reanudar el trabajo.

Deseamos sinceramente que Ponti pierda el campeonato de las huelgas. Cuando eso ocurra tendremos la seguridad de que el personal cobra regularmente.

Cómo se hace un diputado

Abocado el país a una agitación electoral, bueno es que los trabajadores conozcan la forma de hacer un diputado y, por extensión, con las correspondientes modificaciones, un presidente de república.

Francis Delaisi, que ha demostrado conocer profundamente las triquiñuelas de la democracia capitalista, trata este asunto admirablemente en su viejo libro «La democracia y los hacendistas», en el capítulo que a continuación transcribimos.

El capítulo de Delaisi no ha perdido actualidad. Hoy como ayer se apela a los mismos procedimieentos para elegir representantes del pueblo. En cuanto a las situaciones, cabe señalar que sólo ofrecen diferencias de orden geográfico. Las democracias son iguales en todas partes del mundo, y tanto en Francia como aquí o Norte América, se siguen procedimientos comunes para alcanzar el gobierno de la cosa pública.

En Francia todo el mundo tiene derecho a llevar reloj de oro y los zapatos lustrados; basta que los pague. De igual modo todos los ciudadanos pueden ser candidatos a diputado; basta con que puedan correr con el gasto de la elección.

El mal está en que esto cuesta caro.

El aspirante necesita hacer fijar en todos los muros de la ciudad y del campo numerosos cartelones, dar y hacer llevar a domicilio profesiones de fe, circulares, retratos y biografías, tener un periódico para defender sus ideas e insultar al adversario (y esto se paga), celebrar reuniones, alquilar salas, dar de beber en común a los electores, convidar a almorzar a las gentes influyentes, mantener a todo un ejército de repartidores, fijadores de carteles, agentes electorales que peroren en los cafés, sin contar las monedas blancas o amarillas discretamente deslizadas en la palma de la mano de los electores vacilantes.

Todos estos gastos—necesarios para ilustrar al pueblo—varían según las regiones, el más o menos idealismo de los habitantes y la fortuna de los adversarios. Los distritos menos caros se avalúan en unos 10.000 francos. Los hay, como en Normandía, por ejemplo, en que se gastan unos 200.000. Por término medio con 50.000 francos se puede salir elegido. De aquí esta primera consecuencia: de 587 representantes del pueblo, más de 500 pertenecen a la burguesía. ¡Es suficiente para hacer reir al viejo Luis Felipe! Bajo el reinado de este espantoso tirano se necesitaba para ser elegido diputado por lo menos 300 francos de contribuciones directas, lo que representa una respetable fortuna.

Hoy también se necesita ser rico para ser aspirante a la diputación. Con la diferencia de que ya no es la ley quien lo exige, sino el impresor, el fijador de carteles y el tabernero. En esto se distingue la democracia de la monarquía.

Tenemos, pues, que nuestro candidato arriesga por de pronto 50.000 francos. Si sale derrotado, todo se ha perdido. Si sale elegido, recibirá en cuatro años cuatro veces 15.000, o sea 60.000 francos. Pagados todos los gastos, le quedarán 10.000 francos, es decir, 2.500 francos al año para vivir. Poco más o menos el salario de un obrero.

¡Qué admirable abnegación! He aquí un hombre que en su natal ciudad era abogado o médico (casi todos lo son), que ganaba fácilmente todos los años de 10.000 a 15.000 francos; su situación era estable, tenía una buena fortuna y deliberadamente arriesga todo esto por correr la aventura de una elección.

Si fracasa habrá perdido 50.000 francos, y si triunfa tendrá que hacer, con los 2 o 3.000 francos que le quedan los gastos de una instalación en París, donde tendrá que vivir la mayor parte del tiempo, y mantener su rango. Tanto valdría decir que vivirá en la miseria. Y, no obstante, este valiente ciudadano no titubea; abandona su clientela, descuida sus propios negocios, su familia y sus hijos, pasa su tiempo en las antesalas de los ministros pidiendo favores para sus compatriotas, intriga, discursea, gasta su tiempo y su dinero sin regatear, sin estar siquiera seguro de que será elegido. Todo esto ¿para qué? Para tener el honor de representaros, mis queridos electores; para poder defender ante los poderes públicos esto que se llama distrito de..., para mantener alta y firme la bandera de la república, del laicismo, de la monarquía o de la revolución social.

Confundido se queda uno en presencia de este desinterés. Confieso que ante tantos sacrificios siento verdadera compasión y cuando oigo que un elector ignorante tira en «cara» a los diputados los 15.000 francos que les da el Estado siento ganas de gritale: «¡Pueblo, eres un ingrato!» Sin embargo, no exageremos. En todos los tiempos los héroes han sido raros. Y no se comprendería que haya tantos aspirantes a la diputación, si el acta no reportase algunos pequeños beneficios.

En primer lugar el candidato—a no ser que sea muy rico—no corre solo con todo el gasto de su elección. Al lado suyo hay un comité.

Teóricamente todo ciudadano puede solicitar los votos de sus conciudadanos, pero prácticamente nunca hay más de tres o cuatro. ¿Quién los designa? Un comité. ¿Quién compone este comité? Aparentemente son unos cuantos ciudadanos agrupados por una fe común, que se ponen de acuerdo para designar a sus conciudadanos el hombre capaz de hacer triunfar sus ideas.

Pero examinemos esto de cerca:

Para formar parte de un comité electoral es necesario pagar una cotización. La suma que se exije es pequeñísima, pero no están prohibidos los donativos, hasta suelen solicitarse con entusiasmo. Desde luego que entre los «miembros activos» se distinguen dos clases de gente: los que dan su trabajo y los que dan su dinero.

Entre aquéllos están, en primer lugar, los militantes. Suelen ser unos buenos muchachos, un poco cándidos, persuadidos de que de su voto y del de su diputado depende la mejora de la suerte de la humanidad. Ellos son los que distribuyen los auncios, pegan los carteles en las esquinas, reparten las papeletas, escoltan los candidatos en los mitines y si es necesario reparten puñetazos contra los «seides» del adversario, y todo esto gratuitamente, «por amor a la causa». Son muy buscados, porque su entu-

siasmo es muy comunicativo. Desgraciadamente cada día son más raros. Ya no los hay sino en el partido socialista y aun su número disminuye constantemente.

Al lado de éstos, y haciendo igual labor hay otros «militantes». Estos despliegan el mismo celo que aquéllos, pero no es tan desinteresado. Por lo general son pequeños burgueses, funcionarios y comerciantes.

Piensan éstos que si su candidato sale elegido pagará su trabajo en ascensos, cruces y cintajos, estancos, pensiones para el colegio de niños, etcétera. ¿Acaso el gobierno no tiene el deber de recompensar a los «buenos republicanos» que contribuyen a fortalecerle enviándole diputados dóciles?

Toda esa gente es muy útil para la propaganda, pero no tiene un centavo. Y como se necesita mucho dinero para pagar al impresor, al fijador de carteles, a los repartidores de anuncios y a los periódicos, y como el candidato que no sale elegido pierde todo este importe, procura arriesgar lo menos posible. De aquí que vaya en busca de unos cuantos «comanditarios».

Si en el distrito hay algún contratista gordo le prometerá que hará votar la construcción de una escuela, de un hospital o de un cuartel. El hombre de negocios ve el suyo en perspectiva, y como vale la pena, se desprende de unos cuantos billetes de mil francos para la caja del comité. Si el distrito es minero o metalúrgico, o fabril, el candidato promete que obtendrá buques de guerra, obras públicas, etc., etc. A Dios gracias, hay en nuestro presupuesto cuatro mil millones con que satisfacer muchos apetitos.

El Ministerio de Guerra, para no hablar más que de éste, ordena todo lo que se desea; desde el forraje, zapatos, azúcar y agujas de coser, hasta los fusiles y cañones.

Con semejantes gangas, un candidato hábil y que dispone de la buena voluntad del gobernador, puede asegurarse concursos preciosos y llenar su caja sin grandes dificultades.

Y si con todo esto no basta, se dirigirá a los grandes comités de París.

Ya vimos que los hacendistas, los grandes industriales y los grandes comerciantes tienen un interés capital en que el Parlamento vote las primas, subvenciones, tarifas aduaneras, ferrocarriles, empréstitos, etc. Todo esto les representa un beneficio de millones.

Para obtenerlas no titubearán en hacer sacrificios considerables. Es de este modo que el comité de las Fundiciones, el comité Hullero, el comité Central de los Navieros y los grandes establecimientos de crédito desembolsan cada cuatro años sumas enormes de sus reservas, que vierten en las cajas de los comités políticos.

En 1902 Waldeck Rousseau había concentrado de este modo en las cajas del comité Mascuraud, por intermedio de su secretario Demancy, cerca de cinco millones de francos.

Este dinero se distribuye equitativamente entre los diversos partidos. Es raro que actualmente un grupo de industriales confíe en un solo partido, monárquico, progresista o radical. El señor Schneider del Creusot por poco pierde grandes pedidos de acorazados por obstinarse a sostener únicamente con su dinero a candidatos reaccionarios. En general, nuestros hombres de negocios no tienen preferencias; apoyan indistintamente a los partidos de la derecha y a los de la izquierda, pues para ellos lo esencial es obtener su tarifa aduanera o su programa naval, y esto no son cuestiones políticas.

A veces prefieren apoyar a un candidato «avanzado», porque de este lado podría manifestarse la oposición popular. Subvencionar en abundancia a los radicales y a los socialistas llamados «independientes». (Algún día hablaremos de los «unificados».)

Tenemos, pues, que nuestro candidato, bien provisto de dinero por su comité, sus comanditarios locales y las esplendideces del comité Mascuraud, puede presentarse con toda tranquilidad a pedir los sufragios de sus conciudadanos. Si sale derrotado, no habrá perdido más que su trabajo y su saliva; y si es elegido, marchará a París, donde encontrará modo de ganar algo más que los 15.000 francos que le da la República.

No le queda sino cumplir sus compromisos, que los contrae de tres clases: para con los hacendistas, con su comité y con sus electores.

Para los primeros es muy fácil. Votará todas las primas, subvenciones, tarifas, empréstitos y concesiones que se le pidan. Esto no ofrece peligro, porque los electores, aunque sean socialistas, no se interesan nunca de estas cuestiones y los periódicos les hablan lo menos posible de ellas.

Para los miembros del comité electoral la cosa es más delicada. Es necesario que consiga el ascenso para tal o cual funcionario que se ha distinguido en el curso de la campaña; obtener los cintajos al negociante que no sabe ortografía, y unas bolsas de colegio para los hijos del burgués influyente del barrio. Esto exige gestiones numerosas; pero prometiendo al ministro competente que no votará por él, o retirando a tiempo una interpelación peligrosa, se conquista todo lo que se quiere.

Tocante a la multitud de electores, es más simple aún. Una o dos veces en el curso de la legislatura el elegido anuncia que va «a dar cuenta de su mandato». Se presenta en una sala escoltado por sus comanditarios; los miembros del comité ya están allí para caldear el ambiente. Vomitará sapos y culebras contra la reacción, los curas, los sin patria ,los anarquistas, etc., y prometerá a renglón seguido el orden, la economía, los retiros obreros, todo lo que puede agradar a sus oyentes.

Y el pueblo soberano aplaude.

Gracias a este ingenioso sistema, todo el mundo está contento, y cada uno obtiene exactamente el equivalente de lo que ha dado.

El elector ha dado al candidato un pedazo de papel, y recibe en cambio frases sonoras.

El miembro del comité ha dado su tiempo, sus cotizaciones y su trabajo, y recibe el ascenso, honores o un estanco.

En fin, el hacendista ha dado el dinero, y obtiene en cambio ricos pedidos que le reportan diez veces lo que desembolsó. De este modo cada uno queda pagado exactamente según sus trabajos y los sacrificios hechos. Más justo no puede ser. Y he aquí cómo se recluta la representación nacional.

FRANCIS DELAISI.

Proyectos de carta orgánica de la Union Obrera Local

El Comité de la U. O. L. ha enviado a los sindicatos adheridos los proyectos de Carta Orgánica que a continuación reproducimos, a fin de que se expidan sobre los mismos antes del día 1.º del próximo marzo, fecha en que termina el plazo acordado para su discusión.

La comisión Administrativa de nuestro Sindicato nombró en su oportunidad una comisión para que estudie ese proyecto e informe de su labor. En el momento de entrar en máquina esta edición aun no se había expedido, pero lo hará con la debida anticipación a la asamblea ge ral que resolverá sobre este asunto, para que la C. A. pueda formarse un juicio al respecto. No obstante, estamos en condiciones de afirmar que la referida comisión propiciará algunas modificaciones a los proyectos remitidos por el Comité Local.

OBJETO DE LA UNION O. LOCAL

La Unión Obrera Local tiene por objeto agrupar a los organismos obreros de todos los oficios e industrias existentes en la Capital Federal y unificar la acción de los mismos, para todas las cuestiones de interés general.

Para mejor garantizar la defensa de los trabajadores que los integran, los sindicatos adheridos a esta Unión se obligan a prestarse recíprocamente la más completa solidaridad en todos los casos en que ésta les sea requerida, y a mantener estrechas relaciones y completa vinculación con la U. S. A., institución nacional a la cual esta Unión está adherida, secundando en todos los casos su obra y relacionándose por su intermedio con los trabajadores de todo el mundo.

Es su objeto emancipar el trabajo de la explotación capitalista y combatir al Estado burgués, como órgano defensivo de la misma. Su acción debe tender a crear las fuerzas en su desenvolvimiento y desarrollo que tiendan a establecer su poder como clase dominante en el orden económico y político.

COMPOSICION DE LA UNION O. LOCAL

Art. 1.º—Constituyen esta Unión los sindicatos obreros de la Capital Federal adheridos a la U. S. A. que llenen estas condiciones:

a) Que tengan por base la lucha de clases y estén de acuerdo con los fines que esta Unión persigue.

b) Que cuenten con una cantidad, por lo menos, de 50 asociados, salvo que el gremio tenga un número muy escaso de obreros, en cuyo caso deberán contar con el 70 % de los obreros del gremio.

COMITE LOCAL

Art. 2.º—El Comité Local será un cuerpo administrativo, ejecutivo y de coordinación de la Unión Obrera Local, a la cual representará permanentemente. El número de sus componentes será de 9 titulares y 6 suplentes, que se distribuirán los cargos en la forma siguiente: un secretario general, un prosecretario, un secretario de actas, un tesorero, un contador, y los demás, vocales. Además se elegirán tres revisores de cuentas ajenos al Comité.

Art. 3.º—El Comité Local y los revisores de cuentas serán elegidos en asamblea general de delegados de los distintos sindicatos que integran esta Unión. El término de su mandato es de un año, siendo sus miembros renovables por mitad cada seis meses.

Art. 4.º—(Mayoría) Para ser miembro del Comité Local se requiere ser miembro de cualesquiera de los sindicatos adheridos y contar con una antigüedad no menor de un año.

(Minoría) Para ser miembro del Comité Local se requiere pertenecer a un sindicato adherido, contar con la antigüedad mínima de un año y no ser candidato ni ocupar puestos públicos.

Art. 5.º—El Comité Local se reunirá ordinariamente una vez por semana y extraordinariamente cuando lo crea oportuno. Serán válidas las reuniones con la mitad más uno de sus componentes, debiendo tomarse las resoluciones por simple mayoría

Art. 6.º—El miembro del Comité que faltara a tres reuniones consecutivas o a seis alternadas en un período de tres meses, sin causa justificada, será dejado cesante en su puesto, llamándose para ocupar éste al suplente respectivo.

Art. 7.º—Los miembros del Comité no podrán ser a la vez delegados a las asambleas de la U. O. L.

DEBERES DEL SECRETARIO GENERAL

Art. 8.º—Será el representante del Comité Local en todas las cuestiones de orden interno y externo que se presentaren y tendrá como deberes:

a) Redactar y firmar los documentos emanados del Comité Local.

b) Contestar oficialmente la correspondencia, dejando copia de ella.

c) Formular las órdenes del día de la U. O. Local.

d) Convocar al Comité Local a reuniones extraordinarias.

e) Presentar mensualmente al Comité un informe sobre la labor realizada por la U. O. L.

f) Llevar un registro con los domicilios de los sindicatos que componen la U. O. L. y el de los miembros del Comité.

DEBERES DEL PROSECRETARIO

Art. 9.º—Substituirá al Secretario General en los casos de ausencia y acompañará a éste en los trabajos de secretaría.

SECRETARIO DE ACTAS

Art. 10.—Labrará las actas de las reuniones ordinarias y extraordinarias del Comité Local, las que firmará, previa aprobación de ellas, junto con el compañero para presidir la reunión.

EL TESORERO

Art. 11.—Tendrá como deberes:

a) llevar un registro con el nombre de los sindicatos que integran la Unón Obrera Local, en el que irá anotando los meses que aquellos coticen.

b) Llevará un libro en el que anotará el importe de los gastos e ingresos del Comité, dejando constancia por qué conceptos son ellos.

c) Con el Secretario General firmará todos los recibos que la Tesorería expida a los sindicatos por las cotizaciones.

d) Remitirá mensualmente el importe de las cotizaciones de la Unión Obrera Local a la U. S. A.

e) Presentará trimestralmente un balance de Caja, el cual hará revisar previamente por los revisores de cuentas.

LAS COTIZACIONES SINDICALES

Art. 12.—Cada sindicato de los que constituyen la U. O. L. abonará a la Tesorería del Comité Local y mensualmente la suma de tres centavos por socio cotizante que él tuviese, debiendo acompañar el importe con un detalle estadístico donde constará la cantidad de adherente con que cuenta, las entradas y salidas de socios habidas durante el mes y la cantidad de huelgas que haya sostenido. Además de esta cotización mensual a la U. O. L. todo sindicato adherido deberá abonar diez centavos por socio cotizante para la Tesorería de la U. S. A.

Art. 13.—Los sindicatos que adeudan más de tres meses de cotizaciones no podrán participar en las reuniones de delegados, y sus votos no serán computados en los referédums a que hubiere lugar.

Art. 14.—Quedan excluídos de esa obligación los sindicatos que hayan efectuado huelgas generales o parciales, siempre que éstas hayan afectado al 50 % de sus miembros, por todo el tiempo de su duración.

LA SOLIDARIDAD

Art. 15.—Los sindicatos adheridos a la U. O. Local se comprometen a practicar entre sí la más completa solidaridad para salir triunfantes en las luchas que emprendan.

Art. 16.—Cuando un sindicato al iniciar una acción de conquista prevea la necesidad de ser ayudado por otro por medio de huelga o de boicot, antes de iniciarla consultará al sindicato hermano, por intermedio del Comité Local, a los efectos de poder contar o no con su solidaridad. Quedan exceptuados de este requisito los sindicatos que fueran a la lucha provocados por el capitalismo.

Art. 17.—Cuando en solidaridad con un sindicato varios otros vayan a la huelga, todos participarán con iguales derechos en el Comité de Huelga. Ningún sindicato apoyará pedidos de huelga o de boicot si ellos no son hechos por intermedio del Comité Local.

DISPOSICIONES GENERALES

Art. 18.—(Mayoría) Para ser delegado a las asambleas que celebre la Unión Obrera Local es necesario pertenecer al sindicato que se representa.

(Minoría) Para ser delegado a las asambleas de la Unión Obrera Local es necesario pertenecer al sindicato que representa , no ser candidato ni ocupar ningún puesto público.

Art. 19.—Cada sindicato tiene derecho a intervenir en las reuniones de la Unión Obrera Local con un delegado por cada 500 cotizantes o fracción.

Art. 20.—Ningún sindicato podrá invocar la representación de la U. O. L. si ésta no le ha sido conferida por la asamblea de delegados o por el Comité Local, en cuyo caso llevará la correspondiente credencial.

Art. 21.—El ingreso a la U. O. L. implica de hecho la adhesión a la U. S. A. y deberá comunicarse por escrito al Comité Local, después de haber sido resuelto por una asamblea del sindicato, acompañando a la comunicación los datos sobre la cantidad de socios con que cuenta.

Art. 22.—Esta Carta Orgánica no será un impedimento para todas aquellas medidas que por caso imprevisto y de urgencia requieran una rápida solución.

PATRONES TRAMPOSOS

Compañero. Los patrones nombrados a continuación son de esos que no se conforman con robar una parte del trabajo que realizan sus obreros: lo quieren todo, y de ahí que se nieguen a pagar los salarios. Tome buena nota de los mismos para no clavarse.

GONZALEZ, Avellaneda 3345.
Luis Viale 394.
CAMERO, Vírgenes 2225.
CHUJMAN, Salguero 265.
JUAN EPELMAN, Castro 2230.
French 3063.
PEDRO CERLIANI, Bartolomé Mitre 4436.

La lista será ampliada con los nuevos estafadores que vayan apareciendo.

¿Corrupción Sindical?

EL CHANTAGISMO

Periódicamente aparecen en los diarios noticias relacionadas con las actividades de elementos chantagistas, no por cierto en las filas burguesas, donde esta rama comercial es vulgar, sino en el movimiento obrero, y, nada menos, que por cuestiones de huelga. Las noticias son realmente novedosas, puesto que los mismos militantes ignoran los verdaderos hechos.

Nada tiene de común, como es natural, el elemento tenebroso que se vale de una pretendida representación obrera para ejercer actos de estafa, con la acción diaria de los compañeros en las filas de la organización sindical. La cuestión es sumamente clara para todas aquellas personas que saben reflexionar; pero para otras que suponen que la organización es un nido de pillos, no habrá demostración posible que los haga salir de dudas.

La historia de tales sujetos es una historia policial. Así como la policía de seguridad personal se vale de elementos maleantes para vigilar y dealtar, también la sección Orden Social tiene sus elementos que desempeñan las mismas funciones. Y la labor de tales sujetos, al servicio de la policía, de la Asociación del Trabajo y, en particular, de diversos capitalistas, se deja sentir cuando la actividad sindical no tiene control.

La misión de estos sujetos en un principio fué la de simples alcahuetes, luego se colocaron como directores y dispusieron de escritorios, ayudantes y hasta automóviles. Como la función era provechosa, la extendieron a la «solución» de los conflictos. Todo a base de dinero.

Los militantes no han podido olvidar todas estas cosas. Aun están frescas las publicaciones de cuando los Balestrinis fueron agarrados infraganti, las pruebas, hechas públicas, de sus actividades de confidentes policiales y agentes de la Asociación del Trabajo, son notorias.

De modo que todo ello viene a poner de manifiesto que la policía y sus secuaces, juntamente con el capitalismo, pretende hacer degenerar y desorientar la acción de los organismos sindicales. Y todo esto viene a demostrar una vez más cuáles son los verdaderos amigos de la organización y cuáles no.

Pero inútil será toda acción de parte de la policía en el sentido de sembrar la desconfianza entre los trabajadores; éstos sabrán compenetrarse perfectamente de que sólo en la organización, libre de esos elementos y de otros, podrán conquistar su bienestar. Por otro lado, estos hechos no hacen sino poner de manifiesto que la corrupción policial no ha llegado a las filas sindicales, y que, hasta ahora, solamente los capitalistas son las únicas víctimas, ya que los trabajadores conscientes de su deber jamás se prestarán a desempeñar funciones que sólo elementos tenebrosos y policiales pueden hacer.

Los conceptos de la organización sindical permanecen limpios y seguros en su rol histórico, pese a los que quieren confundir el movimiento obrero con una simple obra policial.

X.

El Departamento Nacional del Trabajo no cumple su misión

En varias oportunidades se han hecho públicas quejas de diversa índole contra el Departamento Nacional del Trabajo, institución que, realmente, no responde a los fines para que fuera creada.

Y, realmente, un organismo como el Departamento Nacional del Trabajo podría prestar apreciables servicios, si su personal fuese escogido entre elementos cuyos antecedentes sirvieran de orientación para formarse una idea de cómo se desempeñarían en tales cargos.

Pero en la actualidad, el reclutamiento del personal para la institución que nos ocupa se hace, como para todas las dependencias del Estado, con arreglo a bajos cálculos politiqueros o simplemente para ubicar cómodamente a ciertas gentes que no pueden ostentar otros méritos que los que dimanan de la vinculación a personajes influyentes.

¿Y qué se puede esperar de una institución servida por burócratas que no tienen la más mínima noción de la responsabilidad de los cargos que desempeñan?

Así se explica que entre las innumerables deficiencias que ofrece el funcionamiento del Departamento Nacional del Trabajo podamos citar la que se relaciona con el comportamiento que observan algunos empleados de dicha institución para con aquellos obreros que recurren a ella para gestionar el cobro de sus haberes.

¿Cómo se conduce el Departamento Nacional del Trabajo en tales casos? Simplemente aconsejando a los damnificados que acepten cualquier ofrecimiento que formulen los patrones, aunque dicho ofrecimiento represente una parte ínfima de lo que debieran percibir.

Cuando esto no ocurre, el obrero damnificado debe soportar una tramitación larga, engorrosa, con la consiguiente pérdida de jornales, lo cual determina, en última instancia, que éste desista de cobrar lo que le corresponde.

¿Qué misión desempeña, pues, el Departamento Nacional del Trabajo? Por lo que se ve, lo que hace es, principalmente, ayudar a los capitalistas en sus propósitos de explotación.

Si los poderes públicos se interesan por regularizar el funcionamiento del D. N. del T., debieran empezar por reconocer que las horas que destinan para atender al público son inapropiadas, por lo mismo que no consultan en lo más mínimo los intereses obreros.

Es corriente que un obrero que necesita demandar a su patrón por cobro de pesos desista de ello, en atención a que está expuesto a perder una suma mayor que la reclamada en concepto de jornales impagos. El D. N. del T. le obliga a comparecer en horas que le hacen perder medio día de trabajo, con el agravante de que la citación suele reiterarse por cualquier motivo. Si esto es gravoso, el caso es peor para aquellos obreros que por la naturaleza de su trabajo no pueden hacer abandono del mismo cuando al D. N. del T. le viene bien citarlos.

Si el D. N. del T. tiene realmente la misión de asesorar jurídicamente a los obreros explotados por los patrones estafadores, para cumplirla como es debido debe habilitar horas convenientes a los damnificados o modificar el horario de su funcionamiento, el que, para que resulte provechoso, es forzoso diferenciarlo del de otras oficinas públicas.

Por los inconvenientes anotados son muchos los obreros que renuncian los servicios del D. N. del T., prefiriendo asesores particulares que, aun siendo costosos, resultan más baratos que los ofrecidos «gratuitamente» por el Estado mediante el concurso de la referida institución.

N. N.

Crónica de la asamblea del 27 de enero

Como esta anunciado, el 27 del ppdo. se efectuó la asamblea de nuestro Sindicato, en el local de la calle Alsina 2832, para tratar la siguiente orden del día: 1.° Lectura de actas. 2. Renovación parcial de la C. A. 3.° Balances. 4.° Informe de Secretaría.

Presidiendo Renoldi se dió comienzo al acto a las 21 horas.

Fossa pide la alteración del orden de día en el sentido de que se trate en primer término el informe de Secretaría por entender que no se debe renovar una comisión sin haber juzgado antes la labor de los elementos salientes.

Sonmi se expide en igual sentido que el anterior.

Scarano se opone a la alteración del orden del día.

Puesta a votación la moción de Fossa obtiene 84 votos. Por la no alteración del orden del día votan 120 asambleistas.

ACTAS

Scarano propone que se nombren cuatro compañeros para leer las actas, pues el tiempo que la lectura de las mismas haría perder debía utilizarse para tratar otras cuestiones más importantes del orden del día.

Fossa se opone a ese temperamento, porque desea observar el acta de la penúltima asamblea en la que se le atribuyen actitudes en las cuales no ha incurrido.

Sonmi expresa también el deseo de que se lean las actas en la asamblea.

Agotado el debate se votan las mociones, obteniendo la de Scarano 149 votos y 52 la de Fossa.

Para leer las actas se designa a los compañeros Matera Roque, Fossa Mateo, Scarano Jenaro y Páez Francisco.

RENOVACION PARCIAL DE LA COMISION ADMINISTRATIVA

Renoldi informa que hay que nombrar secretario general, primero y segundo prosecretarios, secretario de actas, tesorero, cuatro vocales, cinco suplentes y tres revisores de cuentas.

Propuestos Alfonso Silveira y Luis Sonmi para secretario general, es electo el primero por 199 votos contra 77 el segundo.

Para prosecretario primero fueron propuestos: Tidone Vicente, Matera Roque y Cruces Julio. El primero obtuvo 180 votos, el segundo 38 y el tercero 53.

Para prosecretario segundo fueron propuestos; García José, López Camilo y Gallo Peca. El primero fué electo por 158 votos, el segundo obtuvo 60 y el tercero 4.

Para tesoreros fueron propuestos Colombo Luis y Basani Domingo, siendo elegido el primero por 158 votos; el segundo obtuvo 51.

Para secretario de actas fueron propuestos Vizcaíno Antonio y López Camilo, obteniendo el primero 170 votos y 66 el segundo.

Luego la asamblea eligió para vocales a los siguientes compañeros: Chamorro Francisco, por 153 votos; D'Ambrosia Juan, por 147; Altrudi Miguel, por 144; y Garreta Santiago, por 137.

Los otros vocales propuestos obtuvieron los siguientes votos: Landan, 57; Nevarowsky, 56; Granja, 51 Moreno, 49; Braslavsky, 43; Carugati, 37; y Matera R. 27.

Para suplentes fueron elegidos Basani Juan, por 140 votos; Pallizo Arturo, por 139; Salerno Vicente, por 137; Meligeni Francisco, por 134, y Perfeti Nicolás, por 133.

Los otros candidatos a suplentes consiguieron los siguientes votos: Basani Domingo, 67; Sonmi Luis, 52; López Camilo, 51; Granja Francisco, 46, y Lavanca, 3.

Para revisores de cuentas fueron electos Ocio Vicente, 158; Guida Pedro, 120 y Albenga Juan Bautista, 118.

BALANCES

Jungalás Pedro propone que se descuente a los empleados mensuales del Sindicato los días de huelga general, y que los jornales del secretario general se liquiden por mes y no por semana, a fin de evitar que en los balances de un mes a otro haya diferencia en el sueldo. Pide que los demás empleados cobren también por día un jornal igual al que percibían en el taller y que la liquidación se haga de la misma manera propuesta para el secretario general.

Tidone V. manifiesta que el haber percibido los cobradores los jornales de las huelgas se debe a una omisión del tesorero, lo que no ocurría cuando él desempeñaba ese cargo, pues al realizar el pago hacía los correspondientes descuentos.

Silvetti manifiesta que el asunto no debiera ser motivo de un debate de asamblea, por tener la C. A. facultades para resolverlo, pero ya que se quería tratar allí, él daría su opinión desfavorable al descuento de los sueldos de los empleados mensuales, por las mismas razones que sería contrario a que los empleados mensuales cobrasen las horas extras de trabajo, como aconteció en alguna organización sindical. Respecto al carácter de los sueldos, parécele que el sistema mensual está bien en los cobradores, por tratarse de una función permanente, y, en cuanto al secretario, que siga cobrando en la forma actual, dado que los militantes que desempeñan ese cargo lo hacen en forma transitoria.

Fossa se muestra contrario a lo expuesto por Silvetti, de quien dice que ha hecho un juego de palabras para defender un criterio erróneo. Se extiende luego en juicios coincidentes con los expuestos por Jungalás.

Bascoy y **Sánchez**, Cesáreo, se oponen al descuento.

El presidente somete a votación dos mociones: una de que se cierre el debate, y otra la lista de oradores. Por la primera votan 129 y por la segunda 89.

Se vota luego la moción Jungalas sobre el descuento de los días de huelga general, y es aprobada por 177 votos contra 19.

La moción de modificar el actual sistema de pago es rechazada por 142 votos contra 68.

Silvetti propone en nombre de la C. A. que se suprima del activo, por tratarse de sumas incobrables, el préstamo de $ 1.000 a los chauffeurs, y la suma de $ 57 en concepto de garantía de alquiler del local del ex Sindicato de Tapiceros.

Esta proposición se aprueba por unanimidad.

INFORME DE SECRETARIA

El secretario comunica a la asamblea que la C. A. se vió en la necesidad de inhabilitar al compañero Francisco Sánchez para toda función de responsabilidad, en virtud de haber trabajado por su cuenta y por otros hechos contrarios al interés de la organización (el secretario refiere en detalle esos hechos).

Sánchez Francisco dice que se le quiere perjudicar por motivos de orden político, y, sin negar los hechos imputados, aduce que carecen de valor, por ser ha mucho acaecidos y por no tener la gravedad que se les atribuye.

Intervienen en esta cuestión los compañeros Fossa y Cruces.

Finalmente se cierra el debate por 138 votos.

Una moción de que hablasen cinco minutos todos los compañeros que habían pedido la palabra, y diez Sanchez, sólo obtuvo 8 votos.

Otra moción de que hablase exclusivamente Sánchez durante 10 minutos, sólo consiguió 59 votos.

Finalmente se aprobó la actitud de la C. A. al inhabilitar a Sánchez para todo cargo de responsabilidad—inhabilitación que duró cerca de un año—y devolver a éste la plenitud de sus derechos.

Por último, el secretario informó de habérsele prohibido la entrada a la asamblea al socio Guillermo Biasca, por negarse a entregar al Comité Pro Presos el producto de dos horas de trabajo realizadas un sábado por la tarde, y no comprobar las acusaciones hechas contra dos camaradas que denunciaron a la C. A. el mal proceder de Biasca. Agregó el secretario que la C. A. mantendrá la privación para Biasca del referido derecho hasta tanto no comparezca ante la misma para justificar las acusaciones y cumplir la sanción disciplinaria impuesta por trabajar un sábado de tarde.

La conducta de la C. A. en este asunto fué aprobada por unanimidad.

Finalmente, el secretario advirtió a la asamblea de la necesidad de realizar una agitación general para obtener ciertas mejoras en el trabajo, para lo cual la C. A. había redactado un proyecto de resolución, del que se informaría en la próxima asamblea, ya que ésta debía ser terminada, por ser avanzada la hora.

LA NUEZ SIMBOLICA

El cura de un pueblo subió al púlpito un día, radiante de satisfacción por haber encontrado en su mollera un procedimiento para hacer comprender a los campesinos la bondad de la fe católica.

Llevaba entre los dedos una gruesa nuez, todavía cubierta por el caparazón verde, y mostrándola al auditorio, dijo:

—¿Queréis tener una idea exacta de lo que son las diversas religiones? ¿Queréis saber de qué manera, siguiendo lo ordenado por las sagradas disposiciones, se puede llegar al sabroso fruto de la verdadera fe? Prestadme, pues, atención. ¿Veis esta nuez? ¿La comeríais como está?

Murmullos en el público:

—¡Oh, no!

—¿No? Bien. ¿Qué nos enseña la experiencia? Tomar el cuchillo del entendimiento, mondar la nuez y arrojar la corteza.

Rumores de aprobación.

—Y ahora, ¿podríais ya comer la nuez?

Voces:

—¡Oh, no!

—Pues bien: ahora tomáis el martillo de la teología y golpeáis la cáscara hasta romperla. ¿Qué es esta cáscara? Es la religión protestante, que hay que rechazar para gustar la verdadera fe. Escuchad, queridísimos oyentes: arrojada la corteza de la religión hebraica, arrojada la cáscara de la religión protestante, aparecerá la religión católica...

Aquí, el cura machacó la nuez; de pronto cambió de color, y estupefacto exclamó:

—¡Está podrida!

X. X.

"¡ADELANTE!"

Se nos comunica la aparición del periódico cuyo título nos sirve de epígrafe. Se trata del órgano oficial de un nuevo partido comunista, formado por elementos—entre los que se encuentra el concejal Penelón—expulsados de otro partido que tiene a «La Internacional» como órgano en la prensa.

Según los editores del nuevo periódico, el partido que los expulsó está integrado por agentes del capitalismo, la policía y otras personas no ajenas a la política de corrupción que vendrían realizando en las filas obreras determinados caudillos políticos de la burguesía.

Tomamos buena nota de la denuncia, e igual hacemos con la formulada por los comunistas, amén de «pesquisas y agentes capitalistas», de «La Internacional» contra Penelón y Cía., de corrompidos reformistas y peligrosos agentes patronales introducidos en las filas obreras para desviar a los trabajadores de la trayectoria revolucionaria.

Unión Internacional de Obreros en Madera

La Unión de los obreros del Mueble de Australia occidental(700 miembros) y la Federación Local de Obreros en Madera de Madrid (1.100 miembros) se han afiliado a la Unión Internacional de Obreros en Madera el primero de enero de 1928. Estas nuevas adhesiones dan a la Unión Internacional el segundo puesentre las 26 Internacionales, por lo que se refiere al número de países representados en su seno. Cuenta actualmente con 46 federaciones en 24 países y más de un millón de miembros. Fuera de Europa tiene organizaciones afiliadas en los Estados Unidos, en Canadá, en Cuba, en Africa del Sur y en Australia occidental.

F. S. I.

Sindicato de Carpinteros de Pergamino

El Sindicato de Carpinteros de Pergamino nos comunica que ha trasladado su secretaría a la calle Luzuriaga número 180, adonde se le debe remitir en lo sucesivo toda la correspondencia. El secretario de esta organización es el compañero Manuel Sande.

¿Dónde y cuándo una clase dominante cedió jamás el poder y la propiedad a consecuencia de un apacible escrutinio electoral?

León Trotsky.

Contra lo que creen algunos pesimistas, es más difícil gobernar a los animales que al hombre, porque los animales no se someten más que a la fuerza o a la razón, interpretada por su instinto, en tanto que el hombre se contenta con algunas mentiras agradables e inocentes, cuya invención está al alcance de hombres de mediano entendimiento.

Angel Ganivet.

Acción Obrera

ÓRGANO OFICIAL DEL SINDICATO O. DE LA INDUSTRIA DEL MUEBLE

Redacción: Rioja 835 BUENOS AIRES

UN NEGOCIO SANTO

Acabábamos de salir de Ruán y corríamos al trote largo por la carretera de Jumiéges. Volaba el ligero carruaje atravesando las praderas; pero para subir la cuesta de Canteln pusimos el caballo al paso.

Se descubre desde allí uno de los panoramas más hermosos del mundo. A la espalda queda Ruán, la ciudad de los tempos de góticos campanarios labrados como juguetes de marfil; enfrente, Saint-Sever, el arrabal fabril que yergue al cielo sus mil chimeneas humeantes frente a los mil campanarios de la antigua ciudad.

Aquí, la flecha de la catedral, que marca el límite más alto que ha alcanzado una obra humana; allí, la «Bomba de fuego», del «Rayo», su rival en altura, pues tiene un metro más que la más gigantesca pirámide de Egipto.

Ante nosotros se extendía ondulante el Sena, sembrado de islas, ceñido a la derecha por blancos acantilados que corona un bosque, y a la izquierda por praderas inmensas que otro bosque limita a lo lejos, muy a lo lejos. De trecho en trecho se advierten grandes buques anclados en el ancho río. Tres enormes vapores se dirigían uno tras otro al Havre, y un convoy de buques, compuesto de una fragata, dos goletas y un brick remontaba la corriente hacia Ruán, remolcado por un vaporcito que arrojaba nubes de negro humo.

Mi compañero, hijo del país, no miraba siquiera panorama tan sorprendente; pero sonreía de continuo; parecía reir interioremnte. De pronto no pudo contenerse.

—¡Ah!—me dijo.—Va usted a ver algo que vale la pena: la capilla del tío Mateo. Se relamerá usted de gusto.

Le miré con asombro, y entonces añadió:

—Verá usted una de las cosas más típicas de Normandía. El tío Mateo es el normando más castizo de la provincia, y su capilla es una de las maravillas del mundo, tal como usted lo oye; pero conviene que le dé antes algunas explicaciones.

»El tío Mateo, a quien llaman también el tío «Trago», es un ex sargento que se ha retirado a su país natal. Reune en admirables proporciones, que forman un conjunto perfecto, la marrullería del soldado viejo a la gramática parda del normando. Al volver a su tierra se ha convertido, gracias a múltiples protecciones y a su habilidad increíble, en guardián de una capilla milagrosa protegida por la Virgen y frecuentada principalmente por las solteras que están encinta. Ha bautizado su estatua milagrosa con el nombre de «Nuestra Señora de la Gran Barriga», y la trata con una familiaridad burlona no exenta de respeto. Ha compuesto y hecho imprimir una oración especial para su buena Virgen. Esta oración es una obra maestra de ironía involuntaria, de gracia normanda, en que se mezclan las mofas y el miedo al santo, el miedo supersticioso a la influencia secreta de algo indefinido. No tiene gran fe en su patrona; pero cree algo en ella y la respeta por conveniencia.

»He aquí el principio de esta asombrosa oración:

«Noble y buena Virgen María, patrona de las madres solteras de este país y de toda la tierra, protejed a vuestra sierva, que faltó en un instante de descuido.»

. . . .

»Esta súplica termina así:

«No me olvidéis cerca de Vuestro Santo Esposo e interceded cerca de Dios Padre para que me conceda un buen marido parecido al vuestro.»

»Habla de la Virgen como hablaría de su amo el criado de un príncipe muy temido, confidente de todos sus secretillos íntimos. Sabe acerca de ella una colección de anécdotas graciosas que cuenta en voz baja en las reuniones de amigos.

»Ya lo verá usted.

»Como las rentas que le proporcionaba la Patrona no le parecían suficientes, ha añadido a la Virgen principal un lote de santos.

»Los tiene todos o casi todos. Como no había bastante sitio en la capilla, los ha almacenado en la leñera, de donde los saca en cuanto un devoto los pide.

El mismo labró esas estatuas de madera, indeciblemente grotescas, y las pintó de verde un año que pintaron su casa. Ya sabe usted que los santos curan las enfermedades, pero cada cual tiene su especialidad; no hay que equivocarse. Están celosos unos de otros, como lo están los comicastros. Las viejas comadres van a consultar a Mateo:

»—¿Qué santo es el mejor para el dolor de oídos?

»—Hay San Osimo, que es bueno, y también San Pánfilo, que no es malo.

»Mateo tiene otras habilidades.

»Como le sobra tiempo, bebe, pero bebe a fuer de artista y de aficionado, así es que todas las noches se achispa. Lo está, pero lo sabe; lo sabe tan bien, que se fija a diario en el grado exacto de su borrachera. Es esta su principal ocupación, y la capilla sólo ocupa el segundo lugar.

»Oiga y agárrese usted: ha inventado el ebriómetro.

»El instrumento no existe, pero las observaciones son tan precisas como las de un matemático.

»De continuo oirá usted que dice:

»—Desde el lunes he pasado del 45.

»O bien:

»Estaba entre los 52 y 58.

»O bien:

»—Había llegado de 66 a 70.

»Algunas veces exclama:

»—¡Maldito perro, creía no haber pasado de los 50 y de repente veo que había llegado a los 75!

»Nunca se engaña. Asegura no haber alcanzado jamás el metro, pero como confiesa que sus observaciones dejan de ser precisas cuando pasa del 90, no hay que fiar en su afirmación.

»Cuando Mateo declara que ha pasado de los 90, tenga usted la seguridad de que está bien borracho.

»En tales ocasiones su mujer, Amelia, que es otra maravilla, se encoleriza de un modo horrible. Le espera en la puerta y cuando vuelve le grita:

»—¿Ya estás aquí, perdido, borrachín?

»Entonces, Mateo, que no ríe, se planta delante de ella y dice con acento severo:

»¡Cállate, Amelia; no es este el momento de hablar! Espera a mañana.

»Y si continúa vociferando, se acerca y le dice con acento ronco:

»—No chilles; he llegado a los 90; se acabó la medida. ¡Si hablas, pego!

»Entonces Amelia se retira prudentemente.

»Y si al día siguiente quiere volver a hablar del mismo asunto, se ríe él descaradamente y dice:

»—¡Ea, ea, basta de charla; ya pasó! Mientras no llegue al metro, no hay peligro; si paso del metro, te permito que me riñas; ¡palabra!

Habíamos llegado a la cima de la colina; la carretera se hundía en el bosque admirable de Roumare.

El otoño, el otoño maravilloso, mezclaba su oro y su púrpura a los últimos tonos verdes, como si gotas de sol fundido hubieran caído del cielo a la espesura.

Atravesamos Duclair; luego, en vez de continuar hacia Jumiéges, mi amigo volvió a la izquierda y, tomando un sendero, seguimos por el monte bajo.

Muy pronto, desde una alta colina descubríamos de nuevo el magnífico valle del Sena y el río tortuoso que corría a nuestros pies.

A la derecha, una capillita techada de pizarra y con una torrecilla minúscula se apoyaba en una linda casa de persianas verdes, casi cubierta de madreselvas y rosales.

Una voz recia gritó:

—¡Amigos vienen!

El tío Mateo apareció en el umbral.

Era un hombre de unos sesenta años, flaco, con una barbilla y unos largos bigotes blancos.

Mi compañero le estrechó la mano, me presentó, y Mateo nos hizo entrar en una fresca cocina que le servía también de salón de recepción.

—Yo, señor, no tengo sala aparte. No me gusta alejarme de los guisos. Las cacerolas son buena compañía para un hombre.

Luego, volviéndose hacia mi amigo, interrogó:

—¿Por qué viene usted en jueves? ¿No sabe que hoy es día de consulta de mi patrona? Esta tarde no puedo salir.

Y corriendo a la puerta, lanzó un espantoso mugido:—¡Ame-e-e-lia!—que debió asustar a los marineros de los navíos que bajaban o subían el río, en el fondo del profundo valle.

Amelia no contestó.

Entonces Mateo guiñó el ojo con socarronería.

—Está enfadada conmigo, dijo, porque ayer llegué a los 90.

Mi amigo se echó a reir.

—¿A los noventa, Mateo, qué ocurrió, pues?

—Voy a decírselo—contestó Mateo.—El año pasado recogí pocas manzanas de las llamadas de albaricoque. Pocas había, pero son las que dan mejor sidra. Hice con ellas una barrica que ayer destapé. Es un verdadero néctar; ya lo verán ustedes. Hipólito estaba conmigo, y echamos un trago y luego otro sin satisfacernos. De modo que, de trago en trago, llegué a sentir una especie de frío en el estómago. Entonces dije a Hipólito: «Podríamos beber una copita de coñac para calentarnos». Consintió, pero el coñac nos calentó tanto, que hubo que volver a la sidra; y así, de frío en calor y de calor en frío, advertí que había llegado a los 90. Hipólito estaba ya tocando al metro.

Se abrió la puerta. Amelia apareció, y antes de saludarnos, dijo:

—¡Maldito borracho! ¡Los dos pasábais del metro!

Entonces Mateo se enfadó.

—No digas eso, Amelia, no he llegado jamás al metro.

Nos hicieron un excelente almuerzo, que comimos en la puerta, bajo los tilos, al lado de la capillita de «Nuestra Señora de la Gran Barriga», enfrente del inmenso panorama.

Mateo nos contó, entre burlas y veras, inverosímiles historias de milagros.

Habíamos bebido sidra magnífica, picante y azucarada, fresca y embriagadora, preferible a todos los líquidos, según mi compañero, y fumábamos una pipa, a caballo en las sillas, cuando llegaron dos buenas mujeres.

Eran viejas, amojamadas, corcovadas. Después de saludar pidieron a San Blanco. Mateo nos guiñó el ojo y contestó:

—Voy a dárselo.

Desapareció en la leñera.

Al cabo de cinco minutos volvió con la cara consternada.

Levantaba en alto los brazos muy apurado y decía:

—No sé dónde está; no lo encuentro. Sin embargo estoy seguro que lo tenía.

Entonces, haciendo bocina de las manos, mugió de nuevo:

—¡Ame-e-e-lia!

Desde el fondo del patio contestó la mujer.

—¿Qué hay?

—¿Dónde está San Blanco? No lo encuentro en la leñera.

Entonces Amelia gritó esta explicación:

—¿No es el que cogiste la otra semana para tapar el agujero de la jaula de los conejos?

Mateo se estremeció.

—¡Voto al diablo! ¡Bien pudiera ser!

Entonces dijo a las mujeres:

—Vengan ustedes.

Lo siguieron. Nosotros también, reventando de risa.

Efectivamente, San Blanco, hundido en el suelo como una simple estaca, manchado de barro y porquería, servía de pie derecho a la jaula de los conejos.

Apenas lo vieron las mujeres cuando, cayendo de rodillas, se santiguaron murmurando oraciones. Pero Mateo se precipitó hasta ellas y dijo:

—Esperen, no se ensucien; voy a echar ahí una brazada de paja.

Fué a buscar la paja, que les sirvió de reclinatorio. Luego, mirando al santo embadurnado de barro y temiendo sin duda el descrédito para su comercio, añadió:

—Voy a lavarle un poco.

Tomó un cubo de agua y un cepillo y empezó a restregar vigorosamente al santo de madera, mientras las dos viejas continuaban rezando.

Cuando hubo acabado, añadió:

—Ahora está al pelo.

Y nos condujo de nuevo hacia los tilos para echar un trago.

En el momento de llevar el vaso a la boca, se detuvo y nos dijo un tanto turbado:

—Cuando puse a San Blanco en la jaula de los conejos, creí que ya no me daría más ganancias. Hace dos años lo menos que no me lo pedían, pero los santos, créanlo ustedes, no pasan nunca de moda.

GUY DE MAUPASSANT.

Importante Asamblea General

El día 2 del próximo marzo se efectuará, en Alsina 2832 una asamblea general para resolver la siguiente orden del día:

1.° Lectura del acta anterior;
2.° Carta Orgánica de la Unión Obrera Local;
3.° Informe de Secretaría.

Como primer punto figura una proposición de la Comisión Administrativa para reorganizar el Sindicato, tomando como base una agitación en el gremio seguida de un pedido de mejoras.

Este asunto es de extraordinaria importancia, y por eso la C. A. confía en que la próxima asamblea será una de las más concurridas de todas las celebradas por nuestra organización.

Los compañeros en condiciones con el Sindicato no deben faltar a esta importante asamblea, en la cual se tomarán acuerdos de mucha trascendencia.

No olvidarse: Alsina 2832, a las 20,30 horas en punto.

El automatismo sin límites del mecanismo social ha engendrado el automatismo de los ciudadanos. Hasta la misma opinión pública es dirigida industrialmente, al punto de que los propietarios de cinco o seis diarios la gobiernan con la misma seguridad con que un cambista lanza un tren hacia el norte o hacia el oeste. Enojosa ignorancia, porque hace de las masas populares y burguesas una fuerza dócil a los manejos de algunos hombres avisados. Esa misma ignorancia ha permitido constituir en el seno de nuestras democracias aparentes la oligarquía de los que saben.

¿Cuál es el remedio a aplicar a este mal? Enseñar a todo hombre con oficio como su actividad tiene relación íntima con todos los rodajes de la actividad social.

FRANCIS DELAISI.

DEBERES DE LOS DELEGADOS

Una buena parte de los delegados de los talleres cumplen en forma deficiente su cometido. Creen que el cargo está bien desempeñado con mantener en el bolsillo el carnet de delegado y nada más. No se preocupan de instruir a los compañeros de trabajo sobre sus deberes con la organización y no realizan ninguna clase de propaganda para mantener vivo el interés por el Sindicato. Por esto se da el caso de talleres que teniendo delegados no se cumple ninguna de las disposiciones de las asambleas y la conducta de sus personales no se diferencia fundamentalmente de la de aquellos que no son socios e ignoran todo lo relativo a la organización obrera.

Si esos delegados se interesasen por el Sindicato, los personales donde actúan no se atrasarían en las cotizaciones, recibirían la correspondencia de la organización por la rapidez en comunicar su nuevo domicilio en caso de muda y no faltarían a ninguna de las asambleas que el Sindicato celebra para tomar resoluciones en defensa de sus intereses.

Pero hay delegados que no sólo no realizan nada de lo expuesto, sino que ellos mismos no cumplen con los deberes de simple sindicado.

¡Cuántos hay atrasados en el pago, que no cumplen ninguna disposición del Sindicato y que ni siquiera asisten a las asambleas!

Con delegados así tanto da no tenerlos.

Es de desear que los delegados se despierecen y se muevan algo más por la defensa de los intereses a ellos confiados. Por su parte los personales—donde a veces hay camaradas bien intencionados y amantes de la organización—no harían mal si de tanto en tanto observasen a sus respectivos delegados que el cargo para los que fueron nombrados no se desempeña tirándose a la bartola.